

Mons. Julián López Martín

Obispo de León

¿LO SIGUEN, PORQUE CONOCEN SU VOZ?

(Jn 10, 4b)

**Carta pastoral
ante el curso 2011-12**

León 2011

SUMARIO

SIGLAS USADAS.....

INTRODUCCIÓN.....

1. Evocación de los DED y de la JMJ-2011í ..í í í í í í í í í í í í í í
2. Continúa el *Plan pastoral 2009-2014*í í í í í í í í í í í í í í í í í í
3. El programa pastoral del curso 2011-2012í í í í í í í í í í í í í í í í í í

I COMUNIÓN ECLESIAL Y TRANSMISIÓN DE LA FE
EN LA INICIACIÓN CRISTIANA Y EN LA EDUCACIÓN DE LA FEí í í í í í ..

4. La comunión eclesial, condición previa y fruto de la acción pastoralí í í í ..
5. El reto de la transmisión de la fe en nuestra Iglesia diocesanaí í í í í í í .
 - A) El conjunto de la Iniciación cristianaí í í í í í í í í í í í í í
 - B) La educación de la feí .
6. La fe y la *formación integral* de la feí í í í í í í í í í í í í í í í í í .
7. Significado y alcance de la *formación integral* de la feí í í í í í í í í í .
8. Algunas premisas para formar integralmente en la feí í í í í í í í í í í

II ÁMBITOS Y MEDIOS DE LA EDUCACIÓN DE LA FEí í í í í í í í í í í í ..

9. La familia cristiana transmisora y formadora de la feí í í í í í í í í í í
10. La parroquia y las unidades pastorales en la formación de la feí í í í í í ..
11. Planteamientos actuales de la catequesis parroquialí í í í í í í í í í í .
12. La formación de la fe en el ámbito escolar. í í í í í í í í í í í í í í .
13. Formación de la fe, pastoral juvenil y vocacional, y pastoral universitariaí í .
14. El *õYoucatõ* de la JMJ, todo un gesto y una señal de rutaí í í í í í í í í
15. La formación integral de la fe de los fieles laicosí í í í í í í í í í í í .
16. La formación del clero diocesano en relación con la transmisión de la feí í í
17. A modo de conclusióní í

SIGLAS USADAS

Las comunes de la Sagrada Escritura y de los documentos del Concilio Vaticano II.
Más las siguientes:

BOO	õBoletín Oficial del Obispadoõ de León.
CCE	<i>Catecismo de la Iglesia Católica.</i>
CDC	<i>Código de Derecho Canónico</i> (c. canon, cánones)
DGC	<i>Directorio general para la catequesis</i> (1997).
ICRO	LXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, <i>La Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones</i> , EDICE 1998.
<i>Sínodo</i>	Diócesis de León, <i>Sínodo 1993-1995</i> , León 1996.

INTRODUCCIÓN

*• El que entra por la puerta es pastor de las ovejas
y las ovejas atienden a su voz;
y él va llamando por el nombre a sus ovejas
y las saca fuera.
Cuando ha sacado todas las suyas
camina delante de ellas y las ovejas lo siguen,
porque conocen su voz
(Jn 10, 2-4).*

Queridos diocesanos:

De nuevo estamos ante un curso pastoral que se abre ante nosotros. Como sabéis, la misión de la Iglesia no se interrumpe al llegar el verano, aunque es cierto que se produce una pausa, especialmente en las actividades que tienen lugar entre los meses de octubre a junio, como la catequesis, los cursillos, la formación permanente, etc., y las tareas de algunos sectores pastorales. No obstante, el verano de 2011 ha sido una excepción, a causa de la *Jornada Mundial de la Juventud (JMJ)* y de los *días en las diócesis (DED)*. Todavía estamos bajo el grato y estimulante impacto que estos acontecimientos han dejado en todos nosotros. Quiero destacarlo especialmente ahora, cuando nos disponemos a inaugurar un nuevo curso pastoral, para agradecer al Señor la presencia alentadora de su Espíritu Santo que, como si de un renovado Pentecostés se tratara, ha encendido en unos y avivado en otros el fuego de la ilusión y del empeño por la misión de la Iglesia en este campo, difícil pero apasionante, de la pastoral juvenil y vocacional.

1. Evocación de los DED y de la JMJ-2011

En efecto, los *días en nuestra diócesis*, del 11 al 15 de agosto, dejaron ya un buen sabor de boca ante el testimonio de alegría, religiosidad y exquisito comportamiento de los cerca de 1300 jóvenes de 29 países que nos visitaron, presididos por seis obispos y con una treintena de sacerdotes. Las celebraciones en la catedral, San Isidoro, la Virgen del Camino y parroquias de la capital y de los pueblos, no menos que los actos culturales y la acogida en familias, colegios católicos y centros públicos donde se alojaron los jóvenes, nos han dado confianza y ánimo para comprometernos mucho más en la tarea de acompañarles en su

itinerario como discípulos de Jesús y misioneros del siglo XXI. Quiero felicitar y agradecer en nombre de la diócesis el buen trabajo realizado a nuestra Delegación diocesana de Pastoral juvenil y vocacional, a los voluntarios, familias de acogida, instituciones públicas y privadas, colegios católicos, centros de todo tipo, etc.

Toda esta rica experiencia de los DED, para todos los que hemos participado de algún modo en ella, se ha visto ampliada y enriquecida aún más para los que hemos tenido la oportunidad de estar en Madrid y para quienes han seguido la JMJ-2011 a través de la radio o la televisión, por la presencia y el magisterio del Papa Benedicto XVI y la participación de los cerca de mil obispos, los miles de presbíteros y personas consagradas y el millón y medio de jóvenes venidos de todos los continentes. Pero lo más significativo no ha sido la espectacularidad de los actos en la zona de Cibeles, en la catedral de Madrid o en el aeródromo de Cuatro Vientos o el ir y venir de los grupos juveniles por las calles de la capital de España, sino el ambiente de júbilo y de alegre compartir una misma fe y unos mismos ideales, el silencio orante e intenso de algunos momentos, la participación en las catequesis, celebraciones litúrgicas y actos piadosos como el *via crucis* de la tarde del 19 de agosto, el buen humor para superar las largas caminatas, las dificultades causadas por la seguridad e incluso por la tormenta y aguacero en la noche del 20 al 21, etc. Nuestra diócesis ha estado representada en Madrid por más de 800 jóvenes integrando varios grupos, el dirigido por la Delegación diocesana de Pastoral juvenil y vocacional, una docena de sacerdotes, los formadores y alumnos de nuestros Seminarios diocesanos, los organizados por colegios católicos, asociaciones seculares, comunidades neocatecumenales y cofradía del Dulce Nombre con el paso de Jesús ayudado por el cirineo, etc.

Y, por si pudiera parecer poco lo visto y percibido, el Santo Padre nos ha dejado un rico y jugoso mensaje en sus homilias y discursos. Invito a leer y meditar sus palabras relativas a los valores que propone a la juventud, entre los que sobresalen el poner a Jesucristo en el centro de la vida, el no ceder a la tentación de ir por libre o vivir la fe de manera individualista, la inserción en las parroquias, comunidades y movimientos, la participación en la Misa dominical, la confesión frecuente y el cultivo de la oración, la búsqueda de la propia vocación en la sociedad y en la Iglesia, y el tratar de ser misioneros del Evangelio sin desanimarse. El Papa, emocionado, contento y agradecido por la JMJ-2011, decía momentos antes de subir al avión para regresar a Roma: *«La fiesta de la fe que hemos compartido nos permite mirar hacia adelante con mucha confianza en la providencia, que guía a la Iglesia por los mares de la historia»* (Barajas, 21-VIII-2011). Días después, en la audiencia general del miércoles 24 de agosto, afirmaba también: *«Fue un acontecimiento eclesial emocionante; casi dos millones de jóvenes de todos los Continentes vivieron, con alegría, una formidable experiencia de fraternidad, de encuentro con el Señor, de compartir y de crecimiento en la fe: una verdadera cascada de luz. Doy gracias a Dios por este don precioso, que da esperanza para el futuro de la Iglesia: jóvenes con el deseo firme y sincero de arraigar sus vidas en Cristo, permanecer firmes en la fe, caminar juntos en la Iglesia»*¹.

Mirando, pues, hacia adelante con esperanza, lo más inmediato es el nuevo curso pastoral 2011-2012 que nos disponemos a iniciar. El momento es muy interesante. Después de haber estado durante el curso pasado dándole vueltas al *objetivo pastoral transversal* de la pastoral juvenil con motivo de la JMJ-2011 con desiguales resultados en las distintas zonas de la diócesis, ante lo que hemos vivido en el mes de agosto tenemos que pronunciar con fuerza

¹ Benedicto XVI, *Catequesis en la audiencia general*, 24-VIII-2011 (trad. de Zenit.org).

un convencido *õpodemosö*, como Juan y Santiago, los hijos del Zebedeo, cuando Jesús les preguntó si podrían beber el mismo cáliz que Él habría de beber (cf. Mt 20, 22). Me refiero no al objeto de la pregunta del Señor, el cáliz de la pasión, sino a la actitud firme de los dos hermanos, expresada en su respuesta llena de coraje y de desafío para los demás discípulos.

Quiero decir que no debemos asustarnos ni mirar para otro lado ante el reto de la pastoral juvenil y vocacional ni ante otros desafíos similares. Sería un grave síntoma de debilidad espiritual y de falta de confianza en los dones que Dios nos otorga, y una forma de deserción en nuestra función eclesial. Esto vale tanto para los presbíteros como para las personas consagradas y los fieles laicos que trabajan apostólicamente en parroquias, unidades pastorales, colegios, grupos juveniles y en otros sectores de la pastoral y que sienten como propia la misión de la Iglesia. Creo sinceramente que podemos y debemos dedicar más tiempo y más empeño a la pastoral juvenil y vocacional. Ahí está la experiencia de los DED y de la JMJ. Es cuestión de que nos lo propongamos sinceramente. En este sentido, permitidme citar nuevamente unas palabras del Papa Benedicto XVI. Evocando el lema de la JMJ-2011 *õArrraigados y edificados en Cristo, firmes en la feö* (cf. Col 2, 7), decía nada más descender del avión que le trajo a Madrid: *õEs urgente ayudar a los jóvenes discípulos de Jesús a permanecer firmes en la fe y a asumir la bella aventura de anunciarla y testimoniarla abiertamente con su propia vidaö* (Ceremonia de bienvenida, 18-VIII-2011), y al término de la Misa multitudinaria del domingo 21 de agosto: *õNo puedo dejar de confesaros que estoy realmente impresionado por el número tan significativo de obispos y sacerdotes presentes en esta Jornada. A todos ellos doy las gracias muy desde el fondo del alma, animándolos al mismo tiempo a seguir cultivando la pastoral juvenil con entusiasmo y dedicaciónö* (Cuatro vientos, *Angelus* 21-VIII-2011).

2. Continúa el Plan pastoral 2009-2014

El curso que nos disponemos a comenzar es el tercero del vigente Plan pastoral centrado, como sabéis, en la escucha de la Palabra de Dios para entenderla y dar fruto (cf. Mt 13, 23)². Como perspectiva de fondo tenemos todavía la parábola del sembrador con su invitación a tratar de ser *tierra buena* para dar fruto, es decir, tierra no como la del camino o pedregosa o entre zarzas sino abierta y fecunda para acoger la semilla oportunamente (cf. Mt 13, 3-8. 18-23). Me remito al comentario de la parábola que hice en la carta pastoral del curso 2009-2010 (nn. 2 y 3). Permitidme recordaros también que somos unos afortunados al habérsenos concedido *õver y oírö* para poder entender la Palabra y conocer así los *õsecretos del Reino de Diosö* (cf. Mt 13, 16-17).

Y, en efecto, partiendo de estas consideraciones generales, el primer tramo del Plan pastoral diocesano 2009-2014 respondía a la primera *tarea específica* de las cinco señaladas en el Plan, el *encuentro con Jesucristo, Palabra y Eucaristía*³. En este sentido el objetivo general del curso 2009-2010 proponía *õacoger la Palabra de Dios, haciendo de ella el centro de la oración y el motor de la acción pastoralö*⁴. Como es habitual, el objetivo se desglosaba

² Diócesis de León, *Plan pastoral diocesano 2009-2014: õEl que escucha la Palabra y la entiende, ése dará frutoö* (Mt 13, 23), León 2009 (= *Plan pastoral 2009-14*).

³ *Plan pastoral 2009-14*, p. 24; véanse también pp. 21-24: *El õparadigmaö de la Palabra de Dios*; pp. 44-47: *La Eucaristía misterio que ha de ser creído, celebrado, vivido y anunciado*; y pp. 89-91: *Pastoral bíblica y animación bíblica de la pastoral*.

⁴ Diócesis de León, *Programa pastoral diocesano 2009-2010. õEl que escucha la Palabra y la entiende, ése dará frutoö* (Mt 13, 23), León 2009 (= *Programa pastoral 2009-10*), pp. 65-71. En el mismo fascículo se publica

en otros más concretos. Por cierto, conviene recordar también que en el comienzo del curso 2009-2010 no se había publicado aún la Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini* de S.S. Benedicto XVI en la que ha recogido y reelaborado autorizadamente los documentos e indicaciones propuestas en la XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos de octubre de 2008 sobre *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*⁵. Todavía un año después, cuando comenzaba el curso siguiente con la misma temática de fondo, la esperada Exhortación aún no había aparecido. Por eso invito una vez más a acudir al documento pontificio.

El segundo curso del Plan, a partir del lema *õEscucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastorõ*, tomado esta vez del Evangelio según San Juan (Jn 10, 16), se fijaba en la segunda *tarea específica*, la *õrecreación de comunidades vivas y responsablesõ*⁶, insistiendo nuevamente en la comunión eclesial y de manera especial en la escucha de la *voz del Buen Pastor*, es decir, la Palabra de Dios como fuente de la comunión junto con la Eucaristía. Por este motivo abrí la carta pastoral de 2010-2011 con la presentación de esta hermosa parábola, centrándome en la necesidad de escuchar a Jesucristo para hacer realidad la comunión en nuestra Iglesia diocesana, parroquias, comunidades, movimientos y grupos eclesiales. El objetivo general invitaba de manera expresa a *õintensificar la comunión eclesialí a partir de la escucha de la Palabra y de la renovación de las comunidades cristianasõ*, desglosándose después en dos objetivos concretos: 1. *õEducar en la escucha de la voz del Buen Pastor y cultivar una espiritualidad de comuniónõ*; 2. *õHacer efectiva la comunión en la vida de las comunidadesõ*, completados con el ya citado objetivo transversal dedicado a *õrelanzar la pastoral juvenilõ*⁷.

3. El programa pastoral del curso 2011-2012

Nos disponemos, pues, a comenzar un nuevo curso, el tercero del Plan 2009-2014, y lo hacemos apelando nuevamente a la figura entrañable del Buen Pastor y a la necesidad de seguir escuchándole para caminar detrás de Él como grey que conoce su voz y avanza tras él sin temor, como indica el lema elegido: *õLo siguen porque conocen su vozõ* (Jn 10, 4b). En la carta pastoral del año pasado comenté ya los principales versículos de la parábola en la que Jesús se revela como el verdadero Pastor que no sólo conoce a sus ovejas sino que está dispuesto a dar su vida por ellas, al contrario de lo que sucede con los falsos guías del pueblo que se comportan como asalariados a quienes no les importan las ovejas (cf. Jn 10, 11-18)⁸.

Ahora se trata de poner el acento en el reconocimiento de la voz del Buen Pastor por parte nuestra, ya que formamos su pueblo y somos ovejas de su rebaño (cf. Sal 100 [Vg 99], 3). El Señor, en la parábola, hace referencia a un hecho sencillo y habitual en el pastoreo. Las ovejas están encerradas en el aprisco protegido, se puede suponer, por una empalizada y a cargo de un guarda (cf. Jn 10, 3). A veces en un mismo redil se guardan ovejas de diversos

mi carta pastoral correspondiente al curso: ib., pp. 7-52, con el mismo título que el *Plan pastoral 2009-14* y el *Programa pastoral 2009-10*.

⁵ S.S. Benedicto XVI, Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini* sobre la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia, de 30-IX-2010, Ciudad del Vaticano 2010, n. 1.

⁶ *Plan pastoral 2009-14*, p. 24; véanse también pp. 44-51: *Pastoral de la comunidad cristiana*; pp. 51-56: *El matrimonio, la familia y la educación*; y pp. 89-91: *Pastoral bíblica y animación bíblica de la pastoral*.

⁷ Diócesis de León, *Programa pastoral diocesano 2010-2011: õEscucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastorõ* (Jn 10, 16). León 2010 (= *Programa pastoral 2010-11*), pp. 81-89. En el mismo fascículo se encuentra también mi carta pastoral del mismo título: ib., pp. 7-73.

⁸ Mi carta pastoral del Curso 2010-11, cit., nn. 2-3.

dueños. Cuando el pastor se dispone a sacar *sus* ovejas, entra por la puerta del redil que le ha franqueado el guarda y no como los ladrones y salteadores (cf. Jn 10, 1. 10). Las ovejas conocen a su pastor que las llama y las saca fuera (cf. Jn 10, 3b). En efecto, cada pastor llama a las suyas y estas *conocen su voz*, sin duda una llamada característica aunque el texto evangélico indica que *las llama por su nombre*, algo perfectamente posible en los que se dedican al cuidado de los rebaños. De la misma manera el pastor, cuando ha sacado fuera sus ovejas, se pone a caminar delante de ellas y ellas lo siguen, algo que no harían con un extraño (cf. Jn 10, 4. 8). La parábola subraya el *conocimiento* mutuo entre el pastor y su rebaño.

Aquí es donde radica la importancia de este aspecto de la parábola del Buen Pastor, es decir, en el conocimiento mutuo entre Jesús y nosotros. Como se sabe, este conocimiento entraña, según el Evangelio de San Juan, una relación de amor, confianza y comunión profunda entre el Señor y nosotros como participación en la misma vida divina, a semejanza de lo que sucede entre el Padre y el Hijo (cf. Jn 10, 14-15; cf. 14, 19-20). Lo mismo cabe decir respecto al *conocimiento de la voz* del pastor por parte de las ovejas, del que se deriva el caminar detrás de él siguiéndolo. Conocer al pastor y reconocer su voz son expresiones análogas y suponen idéntica relación entre el pastor y su rebaño. La consecuencia es obvia. Escuchar la voz de Cristo, el Buen Pastor, reconocerlo y seguirlo caminando detrás de Él (cf. Jn 10, 3-4. 16) significan, en definitiva, entrar en el círculo de la relación de amor y de comunión entre el Padre y el Hijo que lleva consigo el conocer y el ser conocido por Jesucristo (cf. Jn 10, 14-15 y 10, 27-30).

En esta bella perspectiva, el *Plan pastoral 2009-14* señala para el próximo curso la tercera tarea o meta de carácter general: *La Iniciación cristiana y la formación integral de la fe*⁹. Dicha tarea, sin perder de vista la intención última de los programas del Plan relativa a la espiritualidad de comunión, se traduce en la formulación del objetivo general para el curso 2011-2012: *Intensificar la comunión eclesial a partir de la Iniciación cristiana y de la educación de la fe*.

Tratemos ahora de fundamentar este objetivo general fijándonos en su contenido global y en algunos de los aspectos específicos que señalan los objetivos concretos en los que se desglosa.

⁹ *Plan pastoral 2009-14*, p. 24; véanse pp. 56-66: *La Iniciación cristiana y el ministerio de la Palabra*; y pp. 67-72: *La transmisión de la fe a los jóvenes*.

COMUNIÓN ECLESIAL Y TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA INICIACIÓN CRISTIANA Y EN LA EDUCACIÓN DE LA FE

4. La comunión eclesial, condición previa y fruto de la acción pastoral

Al finalizar el curso pasado, como suele ser habitual, se ha hecho una evaluación de la aplicación de los objetivos propuestos en el programa pastoral. Como suele ocurrir, el grado de estimación de lo que se ha logrado es desigual. En algunos aspectos, entre los que destaca el interés que se ha puesto en la escucha de la voz del Buen Pastor en la liturgia de la Palabra, en la formación de grupos de lectura creyente, en las homilías, en la preparación de lectores, etc., el nivel de satisfacción ha sido muy notable y es de esperar que el fruto lo haya sido también tanto en el ámbito personal como en el comunitario. No en vano la Palabra de Dios, además de ser fuente de conversión y de renovación, estrecha los vínculos de los creyentes con Jesucristo y, a través de Él, con los demás fieles incidiendo directamente en la acción pastoral. Dicho de otro modo, la Palabra de Dios es *f fuente de comunión eclesial* en el plano de la vida espiritual y en el de la acción evangelizadora y de apostolado, como expuse en la II parte de la carta pastoral del año pasado¹⁰.

En efecto, los mayores logros del programa pastoral del curso 2010-2011 se han producido precisamente en aquellos ámbitos en los que se ha insistido en la dimensión espiritual personal y comunitaria y en otros factores de crecimiento en la comunión eclesial. Así ha sucedido, por ejemplo, en la puesta en marcha de los grupos de lectura creyente, en los retiros espirituales, durante la peregrinación de la Cruz de los Jóvenes y del Icono de la Virgen por la diócesis en noviembre de 2010, en los avances en relación con las *unidades pastorales*, en la celebración del domingo, en la comunicación cristiana de bienes y, muy especialmente, en la preparación y desarrollo de los *días en la diócesis* de la reciente *Jornada Mundial de la Juventud*.

Los resultados no han parecido tan brillantes en los intentos de estructuración de la pastoral familiar y en la apuesta por este sector, en la implantación de las *cáritas* parroquiales y arciprestales, así como en la aplicación práctica de la normativa diocesana en materia sacramental, especialmente en la Iniciación cristiana. Se ha echado en falta también estímulo, acompañamiento y promoción del asociacionismo seglar. Sin duda, en todos estos temas la motivación de fondo ha sido insuficiente, condicionada en muchos casos por actitudes individualistas. Por eso, parece necesario seguir insistiendo en la *espiritualidad de comunión* dentro de la Iglesia diocesana, en los arciprestazgos, en los sectores pastorales, en las

¹⁰ Cf. mi carta pastoral del Curso 2010-11, cit., nn. 11-16.

parroquias y comunidades, en los movimientos y asociaciones laicales y en los grupos, a la hora del ejercicio de las actividades pastorales mencionadas y de otras que forman parte también de la misión de la Iglesia y del ministerio parroquial. La comunión reclama no sólo el conocimiento de las orientaciones diocesanas sino también una actitud de acogida responsable de las normas establecidas como expresión práctica de fidelidad y pertenencia.

Sin duda cuesta convencerse de que la comunión desemboca en la misión y de que la misión, a su vez, se ve reforzada por la comunión. Comunión y misión son inseparables¹¹. En efecto, cuando falla la comunión eclesial, se debilita la misión y lo que se percibe son actitudes de ir por libre, descoordinación, indiferencia ante los retos que tiene planteados hoy la Iglesia en la sociedad y, en el peor de los casos, antitestimonio y rémora en la acción pastoral. Aunque resulte reiterativo, hay que recordar de nuevo que la fortaleza de la comunión eclesial se basa y se alimenta en la comunión con el Buen Pastor, es decir, en la escucha meditativa y activa de su palabra y en el propósito efectivo de seguirle de cerca. En este punto, verdaderamente fundamental, el objetivo del presente curso *-intensificar la comunión eclesial-* coincide y prolonga el del curso pasado y constituye un paso más en el desarrollo del Plan pastoral diocesano 2009-14. No creo necesario repetir lo que ya he expuesto¹².

5. El reto de la transmisión de la fe en nuestra Iglesia diocesana

El Plan diocesano 2009-2014, en este su tercer año de vigencia, señala dos ámbitos específicos de la misión de la Iglesia para intensificar la comunión eclesial, necesitados ambos entre nosotros de un mayor impulso pastoral en línea misionera y evangelizadora, a saber, la *Iniciación cristiana* y la *educación de la fe*¹³. Dos ámbitos o, si se prefiere, dos aspectos de la misión de la Iglesia como transmisora de la fe en cumplimiento del mandato del Señor antes de subir a los cielos: *ōId y haced discípulos de todos los pueblos, bautizadles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo enseñándoles a guardar lo que os he mandadoō* (Mt 28, 19; cf. Mc 16, 15-16; etc.). En efecto, podemos considerar la Iniciación cristiana y la formación en la fe como una misma función de la Iglesia que transmite la fe en el bautismo y en la posterior enseñanza de la doctrina cristiana, aun cuando esta segunda tarea se realice en tiempos y de modos diferentes.

Pero podemos precisar un poco más y distinguir también dos procesos en el cumplimiento del mandato misionero de Jesús. El primero comprende la Iniciación cristiana en su conjunto, es decir, primer anuncio y catecumenado, celebración de los sacramentos y *catequesis* según alguno de los itinerarios establecidos, a saber, iniciación de los niños bautizados al poco tiempo de nacer, iniciación de los niños no bautizados en edad escolar, iniciación de los adultos no bautizados, e iniciación de adultos bautizados¹⁴. En segundo lugar

¹¹ Sobre esta relación se ha reflexionado y escrito mucho especialmente desde la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos de 1985 a los XX años del Concilio Vaticano II: cf. *Sínodo 1985. Documentos*, Madrid 1985, II. C-D; cf. Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Christifideles laici*, de 30-XII-1988, cap. III y IV; *Plan pastoral 2009-14*, pp. 31-35: *La Iglesia comunión*; y pp. 35-41: *La Iglesia misión*.

¹² Véase, al respecto, mi carta pastoral del Curso 2010-11, cit., nn. 16 y 21.

¹³ Cf. *Plan pastoral 2009-14*, p. 24. No obstante, en este Plan se emplea la expresión *ōformación integral en la feō*, que usaré más adelante. Véanse también pp. 56-77: *La Iniciación cristiana y el ministerio de la Palabra; La transmisión de la fe a los jóvenes*.

¹⁴ Estos cuatro itinerarios se describen en el documento de la LXX Asamblea plenaria de la Conferencia E. Española, *La Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Madrid 1998 (= ICRO): cf. BOO de marzo-abril de 1999, pp. 285-321 (I y II parte del documento).

estaría la educación o desarrollo de la fe recibida, para los que completaron ya la Iniciación y progresan en la fe y en la vida cristiana insertados en las parroquias respectivas, aun cuando pertenezcan también a asociaciones y movimientos eclesiales, acompañados y ayudados en todo caso por la comunidad de la Iglesia y por sus pastores. Esta distinción entre Iniciación cristiana y formación posterior permite precisar mejor los conceptos que queremos analizar en la presentación del objetivo pastoral del curso 2011-2012.

A) El conjunto de la Iniciación cristiana

Mirando al panorama de la transmisión de la fe en nuestra diócesis, en general, y a la vista de la revisión del curso pasado en lo que se refiere a la Iniciación cristiana, como he señalado antes, considero que es urgente atender a lo que se dice en el *Plan pastoral 2009-14* relativo a la todavía insuficiente aplicación del *itinerario habitual* de Iniciación y de los *otros itinerarios*, y al notable déficit de la *catequesis* en el ámbito parroquial¹⁵. Esto quiere decir que tanto la *Iniciación cristiana* como la posterior *educación de la fe* de los ya bautizados constituyen hoy un objetivo prioritario e ineludible para nuestra Iglesia diocesana y precisamente en clave misionera y evangelizadora o, si se prefiere, de *nueva evangelización*, aspecto que ha cobrado actualidad como se verá más adelante. El objetivo no es precisamente novedoso porque venimos hablando de él desde hace muchos años y fue oportunamente recogido en el Sínodo diocesano de 1993-1995¹⁶ y en los planes pastorales que se han venido sucediendo¹⁷. Pero hemos de confesar que somos lentos, demasiado lentos quizás, para asimilar estas llamadas del Espíritu y entregarnos por entero a la acción.

En efecto, una vez publicados el *Directorio diocesano para la Iniciación cristiana* (27-XII-2006)¹⁸ y la *Normativa diocesana en materia sacramental* (29-VI-2009)¹⁹, se hace cada día más urgente el prestar la máxima atención al *itinerario habitual o normal de la Iniciación cristiana*, que es el primero de los señalados antes. Este itinerario, el único que se usaba hasta hace unos años y que ha ocupado siempre los mejores desvelos de párrocos, catequistas y padres cristianos porque los casos de bautismo de adultos eran muy raros, señala claramente lo que se ha de hacer para la celebración de los sacramentos y para la catequesis de los niños y adolescentes que fueron bautizados en las primeras semanas de su nacimiento. Por eso constituye hoy todo un reto pastoral y un grave deber para los responsables de las parroquias y unidades pastorales, con la colaboración de los padres y padrinos, en orden a desarrollar la semilla de la fe y de la vida cristiana recibida en el bautismo (cf. CCD 1254-1255). De ahí la urgencia de este itinerario unitario y sin rupturas o fragmentaciones, en el que la *catequesis* precede y acompaña en todo momento, es decir, antes y después, la

¹⁵ Cf. *Plan pastoral 2009-14*, pp. 56-66: *La Iniciación cristiana y el ministerio de la Palabra*.

¹⁶ Cf. Diócesis de León, *Sínodo 1993-1995*. León 1996 (=Sínodo), nn. 7-12; 14 ss.; 47 ss.; 228; 275; etc.

¹⁷ Así el *Plan pastoral 2003-2008: Para la edificación de la Iglesia (1 Cor 14, 12)*, León 2003, pp. 30-33: 2º objetivo específico: *δPotenciar y, en su caso, instaurar los itinerarios de Iniciación cristiana para adultos, y para niños, adolescentes y jóvenes*. De hecho, desde entonces, este objetivo ha estado muy presente en la programación pastoral y en mis cartas pastorales correspondientes: como *objetivo transversal* del Curso 2004-2005: *Programa 2004-05*, p. 53 (cf. Carta pastoral 2004-05, nn. 11-17); en el *objetivo concreto 2* del Curso 2006-07: *Programa pastoral 2006-07*, pp. 66-69 (cf. Carta pastoral de 2006-07, n. 10); en el *objetivo general* del Curso 2007-2008: *Programa pastoral 2007-08*, pp. 67-72 (cf. Carta pastoral de 2007-08, nn. 4-9 y 11-15, y Carta pastoral de 2008-09, n. 10).

¹⁸ Diócesis de León, *Directorio pastoral de la Iniciación cristiana*, León 2007. El directorio responde al documento ICRO, cit. *supra*, nota 14. Anteriormente se había establecido ya en la diócesis el *Servicio diocesano para el Catecumenado de adultos y de los niños no bautizados en edad escolar* (30-V-2004): cf. BOO de mayo-junio 2004, pp. 424-425.

¹⁹ Cf. BOO de julio-agosto 2009, pp. 657-704.

celebración de los sacramentos de la confirmación y de la Eucaristía²⁰. No se olvide la insistencia, en estos últimos años, de que no se interrumpa la catequesis después de la Primera Comunión.

No en vano en el *itinerario normal* es donde se percibe mejor la referencia a la maternidad espiritual de la Iglesia que engendra a los nuevos hijos de Dios en el bautismo y los nutre poco a poco con los otros sacramentos, a la vez que los educa en la fe mediante la catequesis y la perseverancia en el conocimiento del Evangelio, la participación eucarística dominical y el ejercicio de la caridad. En realidad se trata de la adaptación a los niños y adolescentes del llamado *tiempo de la mistagogia* en la iniciación cristiana de los adultos o vivencia progresiva del misterio pascual de Jesucristo y de integración en la comunidad eclesial²¹. Por otra parte, en el *itinerario normal* de la Iniciación cristiana se hace patente también la analogía entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida espiritual (cf. CCE 1210-1213; 1229-1231; etc.).

Por todo lo que acabo de exponer, este itinerario, comprendiendo la catequesis y la celebración de los sacramentos de la confirmación y de la Primera Eucaristía, no puede faltar en ninguna parroquia o, al menos, en cada unidad pastoral del ámbito rural cuando sean pocos los niños y adolescentes. No hay que olvidar, por otra parte, que la *catequesis* constituye uno de los más graves deberes del párroco y de quienes hacen sus veces, no debiendo diluirse esta responsabilidad en que es tarea de toda la comunidad cristiana (cf. CDC, c. 528, 1; 771; 773, 774; *Sínodo* 56, 4-5; 57, 2). Una parroquia o unidad pastoral sin este cauce de transmisión de la fe es como una familia sin esperanza y sin futuro. Lo mismo sucede con el sacramento de la confirmación y su correspondiente preparación (cf. CDC, c. 890). Por eso, no debe olvidarse tampoco la obligación de convocar a los bautizados no confirmados para que se preparen debidamente y reciban el sacramento de la Confirmación, aunque sean jóvenes que han contraído ya matrimonio.

Tendremos que seguir insistiendo, por tanto, en esta función esencial de la Iglesia que debe sentirse siempre misionera y evangelizadora, especialmente en las circunstancias actuales en las que se constata que la familia no es en muchos casos el espacio originario de la transmisión de la fe, de manera que su importante tarea ha de ser suplida o ayudada por la comunidad parroquial o por otras instancias como la escuela católica. Respecto al resto de los itinerarios descritos en el *Directorio diocesano de la Iniciación cristiana*, cabe pedir a los párrocos y demás sacerdotes que los tengan en cuenta aplicándolos, dándolos a conocer a los fieles e invitando a los posibles candidatos. En este sentido no hay que olvidar que el *Servicio diocesano para el Catecumenado* suple tan sólo una parte de la función de la parroquia, es decir, la catequesis y la preparación de la celebración de los sacramentos para los adultos no bautizados o confirmados y para los niños no bautizados en edad escolar. Por eso, sigue siendo responsabilidad del párroco y de sus colaboradores parroquiales el acoger y acompañar a los que han sido iniciados o han completado su Iniciación cristiana. Si no se produce esta acogida o acompañamiento en la respectiva parroquia, es síntoma de que algo muy importante falla en el ministerio parroquial, al no lograrse uno de los fines de los sacramentos de la Iniciación como es la entrada e incorporación efectiva de los bautizados en la comunidad cristiana, expresión y realización local de la Iglesia (cf. LG 11; 26; 28; SC 42; etc.).

²⁰ Cf. Diócesis de León, *Directorio pastoral de la Iniciación cristiana*, cit., nn. 20-21; 31-32 y 40-42; y *Normativa diocesana en materia sacramental*, nn. 2, 1-3; 3, B. 2 y C. 2, en BOO de julio-agosto 2009, pp. 662, 668 y *Sínodo*, 20-23; 53-78; 93, 3; 137-145; etc.

²¹ Cf. *Ritual de la Iniciación cristiana de adultos*, Madrid 1976, nn. 37-40; 235-239; y 369.

B) La educación de la fe

En cuanto al segundo aspecto del objetivo pastoral del curso, la *educación de la fe* entendida como *formación integral*, ya no se refiere solamente a la Iniciación cristiana, sino también a todo proceso posterior a esta para que los fieles cristianos sean verdaderos adultos en la fe. Bajo este aspecto, la educación de la fe beneficia también a todos aquellos que por vocación y dedicación apostólica cooperan en la misión de la Iglesia como los miembros de movimientos y asociaciones seculares, los mismos agentes de pastoral, etc. Esta formación se ha de suponer y requerir incluso, como condición básica, en los candidatos al ministerio sacerdotal a la hora de entrar en el Seminario y en los que se disponen a realizar estudios en los institutos o centros superiores teológicos con vistas a una titulación académica o al ejercicio de la docencia de la religión.

Por eso me parece conveniente reflexionar también sobre lo que significa y exige la *formación integral en la fe* sin perder de vista, esto es muy importante, que tiene su origen y referencia inicial en la Iniciación cristiana porque es dentro de ella donde se recibe el don de la fe que debe desarrollarse y crecer después para alcanzar la madurez en Cristo (cf. Ef 4, 13; CCE 1253-1255).

A las urgencias pastorales de nuestra diócesis en relación con la Iniciación cristiana, apuntadas anteriormente, se añade hoy la oportunidad del retorno al primer plano de la preocupación eclesial de la idea de la *nueva evangelización* lanzada hace mucho tiempo por el Beato Juan Pablo II y recientemente recuperada por el Papa Benedicto XVI con un cierto carácter de necesidad y de urgencia ante el fenómeno de la descristianización creciente de los países más desarrollados y que estamos experimentando en Europa²². Como expresión de esta preocupación eclesial hay que contemplar la reciente creación en la Curia Romana de un Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización y la convocatoria de la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos para octubre de 2012 que va a tratar precisamente de *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, según reza el título de la convocatoria. Ambos motivos deben estimularnos también a nosotros para prestar la debida atención a esta temática dentro de nuestra diócesis. A este respecto disponemos ya de los *lineamenta* o líneas básicas de trabajo de la asamblea sinodal, que se verán completadas por las aportaciones de las conferencias episcopales, las congregaciones y consejos pontificios y las facultades de Teología y darán lugar al *instrumentum laboris* del próximo Sínodo. Merece la pena conocer estos documentos²³.

6. La fe y la *formación integral* de la fe

Centrándonos, pues, en la *formación integral de la fe*, ¿qué significa esta expresión? ¿qué supone y exige? ¿cuáles son sus ámbitos de referencia y de realización? ¿de quién depende?. Estas son algunas de las preguntas a las que desearía responder.

Comenzando por la palabra más importante, la fe. ¿Qué es la fe? El *Catecismo de la Iglesia Católica* la define de este modo: *La fe es la virtud teológica por la que creemos en Dios y en todo lo que El nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque*

²² Cf. Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Ecclesia in Europa*, de 28-VI-2003, nn. 7-9.

²³ Sínodo de los Obispos. XIII Asamblea general Ordinaria, *La nueva evangelización para la transmisión de la fe. Lineamenta*, Ciudad del Vaticano 2011. Próximamente se publicará también el *Instrumentum laboris*.

El es la verdad misma. Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios (DV 5). *Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios* (CCE 1814). Según esta definición, la fe no es solamente una doctrina, una serie de conocimientos y de enseñanzas, es mucho más. Es básicamente la adhesión personal a Jesucristo y al Dios del cual Él nos ha hablado. Es la respuesta viva que despertan en nosotros, por la gracia divina y la acción del Espíritu Santo, las palabras de Jesús, su mensaje, su enseñanza recibida en la Iglesia con humildad y amor, prestándole un asentimiento voluntario. El acto de fe es consecuencia no precisamente de la comprensión intelectual de lo que nos dice el Señor, aunque su enseñanza es siempre razonable y comprensible por nuestra inteligencia, sino más bien el fruto del deseo y de la voluntad, movidos por la acción de Dios en cada uno de nosotros, de aceptar como verdaderas unas realidades adhiriéndose a ellas como cauce de salvación. Pero la fe tiene también un objeto llamado *depósito de la fe*, contenido en la Tradición y en la Sagrada Escritura, confiado por los apóstoles y custodiado, dado a conocer e interpretado por el Magisterio de la Iglesia para que todos los fieles se adhieran a la fe y crezcan en su comprensión y vivencia (cf. CCE 84-94; etc.). En efecto, la fe cristiana debe considerarse bajo un doble aspecto: como adhesión personal a Dios que se ha revelado en Jesucristo, hecha bajo el influjo de la gracia, y aceptación de su Palabra contenida en la Tradición y en la Sagrada Escritura; y como contenido de esa revelación y del mensaje evangélico que la Iglesia nos da a conocer e interpreta autorizadamente con su Magisterio como un servicio a la misma Palabra divina y una ayuda para nosotros. Estos dos aspectos, por su naturaleza, están íntimamente unidos aunque para una mejor comprensión de ambos pueden ser considerados por separado, especialmente en la *catequesis* (cf. DGC 92-93).

Por eso, hemos de insistir mucho en todo aquello que mueve al hombre al amor y a la confianza en Dios que nos ha hablado en las Escrituras y, de modo especial, por medio de su Hijo Jesucristo y a través de la Tradición viva de la Iglesia mostrándonos ante todo un camino de encuentro con Él, que es la esencia del acto de fe. La Iglesia, desde los tiempos apostólicos, ha desarrollado a lo largo de los siglos toda una *pedagogía de la fe* para llevar a los hombres, cualquiera que sea su situación respecto a la vida cristiana -bautizados en la infancia, en proceso catequístico o de conversión, profundizando en la fe, etc.- a ese encuentro y adhesión plena a Dios en Jesucristo.

Lograr esto es el primer paso para la transmisión de la fe y para *formar integralmente en ella*. Teniendo en cuenta que la fe es el don que el cristiano recibe con el bautismo como una semilla que se debe cuidar y educar para que crezca y se desarrolle (cf. CCE 1254-1255), la *catequesis* es la forma ordinaria inicial de educación progresiva y sistemática de la fe²⁴. Aunque vinculada a la Iniciación cristiana, la catequesis sigue siendo necesaria incluso para muchos que recibieron la Primera Comunión y fueron confirmados, jóvenes e incluso adultos que no han asumido y desarrollado la semilla de la fe recibida en el bautismo. De ahí la importancia pastoral del *neocatecumenado*, posibilidad ofrecida tanto por el *Camino Neocatecumenal* como por otras formas de nueva evangelización de los bautizados que apenas viven su fe²⁵. De la misma manera que se procura la formación en todas las áreas

²⁴ Cf. Juan Pablo II, Exhort. Apost. posts. *Catechesi Tradendae*, de 16-X-1976, nn. 18 ss.; DGC 63-68; 77 ss. DGC ; *Sínodo* 54 ss.

²⁵ El *Camino Neocatecumenal*, aprobado por el Beato Juan Pablo II ha sido confirmado definitivamente por el Papa Benedicto XVI el 11 de mayo de 2008 con la promulgación pontificia de sus estatutos: cf. *El camino neocatecumenal. Estatuto. Aprobación definitiva*, Bilbao 2002. En nuestra diócesis es una realidad pastoral que incluye también, desde el 24-XI-2007, el Seminario diocesano *Redemptoris Mater* ðVirgen del Caminoð y que está disposición de todos los párrocos. Al final de la reciente JMJ-2011 hemos podido apreciar la vitalidad de este medio de nueva evangelización.

humanas, tanto sociales como científicas y técnicas, igualmente es necesario que la fe sea cultivada y se desarrolle (cf. CCE 1254). Todo bautizado que desee progresar en la fe y en los demás aspectos de la vida cristiana debe ser consciente de la necesidad de atender a su crecimiento espiritual de modo semejante a lo que sucede en el desarrollo humano (cf. CCE 5; 94; 794; 1212; etc.). Y, en el caso de los niños y adolescentes, este interés lo han de tener los padres cristianos y quienes les sustituyen, como un verdadero deber de conciencia tal y como se comprometieron al celebrar el matrimonio o, al menos, el bautismo de sus hijos²⁶.

7. Significado y alcance de la *formación integral de la fe*

En esta perspectiva se comprende también el sentido de la *formación integral de la fe* como función o tarea conducente a hacer realidad la educación cristiana de todos los bautizados para que puedan efectivamente seguir creciendo y madurando en su fe y, al mismo tiempo, ser ellos mismos testigos y transmisores de la fe y fermento de vida cristiana en todos los ámbitos de la sociedad. Con palabras del Beato Juan Pablo II hablando de la integridad del contenido de la catequesis, *õel que se hace discípulo de Cristo tiene derecho a recibir la palabra de la fe (Fl 2, 17) no mutilada, falsificada o disminuida, sino completa e integral, en todo su rigor y vigor. Traicionar en algo la integridad del mensaje es vaciar peligrosamente la catequesis misma y comprometer los frutos que de ella tienen derecho a esperar Cristo y la comunidad eclesialö*²⁷. La fe ha de ser, pues, ofrecida, enseñada, transmitida *õcompleta e integralö* en cuanto a su mensaje y contenido. Sin embargo, el *Directorio general de la Catequesis* publicado en 1997, emplea el calificativo *õintegralö* para referirse también a la catequesis en cuanto *formación de la fe* con un carácter misionero: *õTambién hay que destacar í (la) tendencia (de la catequesis) a asegurar la adhesión a la feí en medio de un mundo donde el sentido religioso se oscurece. En esta dinámica se toma clara conciencia de que la catequesis debe adquirir el carácter de la formación integral, y no reducirse a una mera enseñanza: deberá empeñarse, en efecto, en suscitar una verdadera conversiónö* (DGC 29; cf. CT 19 b).

Estamos, por tanto, ante dos matices complementarios del sentido que tiene la *formación integral de la fe*. Por una parte, en razón del contexto en que se ha de llevar a cabo, *õen medio de un mundo donde el sentido religioso se oscureceö*, la formación de la fe ha de ser fundamentalmente misionera, no como una mera enseñanza que afecte solamente a dimensión intelectual de la persona, sino también a los restantes aspectos, la voluntad y la afectividad, de manera que desemboque en la conversión y adhesión a la fe. Por otra parte, en razón del contenido, la formación de la fe ha de transmitir la *õpalabra de la feí completa e integral, en todo su rigor y vigorö*. Las expresiones son suficientemente significativas. No en vano la Iglesia, que tiene el deber de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, tiene siempre presente su vocación misionera que ha de impregnar todas sus funciones y tareas. Por eso proclama siempre el mensaje de la salvación en su integridad, pero atendiendo también a la situación de sus destinatarios. A los no creyentes o débiles en la fe, les anuncia a Jesucristo llamándolos a la conversión y a la fe, y a los creyentes, además de predicarles la fe y la penitencia, les prepara a recibir los sacramentos y les enseña a cumplir todo lo que dispuso el Señor (cf. SC 9).

²⁶ Cf. *Ritual del Matrimonio*, Coeditores litúrgicos 2003, nn. 64; 95; etc.; *Ritual del Bautismo de Niños*, Coeditores litúrgicos 1970, nn. 112; 124; 130; *Sínodo 57*, 5-7; etc.

²⁷ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, cit., n. 30.

8. Algunas premisas para formar integralmente en la fe

A la vista de lo que significa la *formación integral de la fe* y teniendo en cuenta la situación pastoral de nuestra diócesis y las conclusiones de la revisión del último curso, debemos esforzarnos en mejorar lo más posible lo que se está haciendo actualmente en el ámbito de la transmisión y educación de la fe. Hemos de centrarnos en lo fundamental, porque no podemos resignarnos ante una situación de progresiva secularización y de pérdida de los valores espirituales y morales en nuestra sociedad. La peor crisis que padece nuestra sociedad no es precisamente la económica, como se ha recordado tantas veces, sino el alejamiento práctico de Dios viviendo como si no existiera, con lo que esto conlleva de oscurecimiento del horizonte en la vida y de pérdida de la esperanza, además de dejar sin fundamento trascendente la persona humana y sus derechos²⁸. Tenemos necesidad, pues, de la *espiritualidad de comunión* para trabajar juntos asumiendo y tratando honradamente de llevar a cabo los objetivos pastorales de nuestra diócesis, y para superar las tentaciones del individualismo, del aislamiento y, en el fondo, de la falta de humildad y del no querer valorar lo que hacen los otros. Los tiempos en que vivimos nos exigen unidad, comprensión y, en definitiva, espíritu de comunión eclesial. La reciente JMJ-2011 y los DED nos han ofrecido motivos para mirar hacia adelante con confianza en la asistencia del Señor que no deja de alentar a la Iglesia en su caminar en medio de la sociedad.

Por eso, asumidas las actitudes, se impone también la necesidad de profundizar personal y comunitariamente en el contenido de la fe para fortalecer en nosotros mismos, sacerdotes, personas consagradas, agentes de pastoral y fieles laicos, ese don que hemos recibido y que queremos transmitir y comunicar. En efecto, lo que tratemos de hacer servirá de muy poco si previamente no ahondamos en nuestra propia *experiencia de la fe* conociendo y tratando más profundamente a Jesucristo en la Sagrada Escritura, en la liturgia, en la piedad popular, en la oración personal, en la práctica de la caridad y en los restantes testimonios de la vida de la Iglesia, sin olvidar los modelos de fidelidad evangélica que nos ofrecen los santos. El Papa Benedicto XVI se lo proponía a los jóvenes citando precisamente a Santa Teresa de Jesús²⁹. El conocimiento de Dios, de Cristo, de la Iglesia, del hombre, de los medios de la salvación, de las virtudes cristianas y de la vida moral, etc., integra ideas y nociones, valores, experiencias, acontecimientos, pero se basa y nutre a la vez una relación personal y vital con el Señor. La revelación divina, lo que Dios nos ha dado a conocer, y la teología como recepción y profundización razonada en ese conocimiento, no forman sin más un *cuero doctrinal* o una pura ciencia o simple saber humano sino que afectan a nuestro ser, a los motivos para vivir y para esperar y a nuestro mundo de relaciones. No pueden dejarnos

²⁸ En la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos se reflexionó ya sobre este intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Jesucristo. He aquí el diagnóstico: *«Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como «el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre», por lo que, «no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria». La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera»*: Juan Pablo II, Exhort. Apost. posts. *Ecclesia in Europa*, cit., n. 9.

²⁹ *«Para descubrir y seguir fielmente la forma de vida a la que el Señor os llame a cada uno, es indispensable permanecer en su amor como amigos. Y, ¿cómo se mantiene la amistad si no es con el trato frecuente, la conversación, el estar juntos y el compartir ilusiones o pesares? Santa Teresa de Jesús decía que la oración es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»* (Benedicto XVI, Homilía en la vigilia de Cuatro Vientos, 20-VIII-2011; cf. Santa Teresa, *Libro de la vida*, 8).

indiferentes puesto que constituyen un factor fundamental del proceso de nuestra formación cristiana y, en su caso, como ministros de la Iglesia, personas consagradas o laicos comprometidos en la pastoral o en el apostolado seglar.

Por otra parte, no podemos ignorar los interrogantes y las dudas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, las preguntas que se plantean sobre la fe y sobre el hecho religioso, las cuestiones éticas y morales, las causas y motivos de la indiferencia de unos o del alejamiento de otros, los factores de tipo cultural o ideológico que están detrás del fuerte contraste entre la pertenencia a la Iglesia y el rechazo de muchos de sus postulados, por ejemplo, en los campos de la sexualidad, de la bioética, etc. El problema de la transmisión y formación de la fe en este contexto sociocultural lo tiene también la misma sociedad a un nivel mucho más amplio como es la crisis de valores y los comportamientos sociales en un mundo que cambia usos y costumbre de una forma acelerada y neurótica. ¿Cómo movernos como creyentes en esta situación? ¿Hemos de refugiarnos en una especie de cuarteles de invierno o de guetos cerrados? ¿Hemos de renunciar al anuncio del mensaje evangélico y reducir nuestra presencia en la sociedad a las obras caritativas o a mantener las expresiones públicas de la fe como parte del legado histórico-cultural de nuestro pueblo? Porque esto último sería como mantener un cuerpo sin alma y significaría la renuncia a la misión evangelizadora de la Iglesia y que sea ella misma en medio de la sociedad *õcomo un sacramento o signo e instrumentoö* de salvación (cf. LG 1; 9; etc.).

Para superar la tentación de la desesperanza y del derrotismo pastoral y recuperar la confianza en la fuerza intrínseca del Evangelio y en la capacidad histórica de nuestra Iglesia y aun de nuestra gente de superar los obstáculos externos, necesitamos, en primer lugar, intensificar y robustecer la espiritualidad propia de cada estado de vida, presbiteral, consagrada o laical, viviendo de manera más auténtica y transparente nuestra vocación. En segundo lugar, tratar de ser más creativos y audaces en nuestra función evangelizadora y pastoral, recordando aquello de que *õlo que escucháis al oído, proclamadlo desde las azoteasö* (Mt 10, 27), es decir, empleando los medios más eficaces de comunicación y de presencia en la sociedad. Y tener en cuenta también que, en el camino de maduración personal y comunitaria de la fe, es muy necesaria la reflexión personal o en grupo, la lectura y el estudio de las fuentes de la fe, comenzando por la Sagrada Escritura, a la que ya he aludido, pero también y muy especialmente del *Catecismo de la Iglesia Católica* (1997) o, al menos, de su *Compendio* (2005).

Por eso es importante superar también la tentación del aislamiento y la autosuficiencia. En el caso de los seglares mediante la inserción en asociaciones de carácter apostólico o espiritual, en movimientos o en grupos eclesiales, con el fin de adquirir una formación comunitaria de más calidad y para impulsar el apostolado asociado. En el caso de los presbíteros mediante una más profunda vinculación al grupo sacerdotal del arciprestazgo o a otros basados en la cercanía pastoral, la espiritualidad o la amistad. Lo recomienda la experiencia basada en lo que significa perseverar en un proceso formativo ya verificado y que facilita la aproximación entre fe y vida dentro de los carismas y peculiaridades reconocidos por la Iglesia y acreditados por la permanencia en el tiempo.

Otro aspecto no suficientemente valorado en la práctica, a juzgar por la respuesta efectiva que se advierte en ocasiones, son las numerosas convocatorias de conferencias, charlas, cursos y cursillos a lo largo del año. Son ocasiones para ahondar en la fe y robustecer los criterios de conducta moral. En los medios de comunicación se encuentra así mismo una

gran oferta que se puede aprovechar no sólo para la información sino también para la propia formación. Un ejemplo, cercano en el tiempo, lo tenemos en el éxito de la I Semana de Cine Espiritual que se desarrolló del 17 al 20 de enero pasado, organizada por la diócesis, iniciativa que está en auge en muchas partes. Por eso es necesario estar en la *Red* y servirse de las nuevas tecnologías beneficiándonos de sus posibilidades positivas que son muchas cuando se procuran y se saben aprovechar³⁰.

³⁰ Así lo han puesto de relieve las últimas jornadas mundiales de las Comunicaciones Sociales, cuyos lemas son suficientemente significativos: «Nuevas tecnologíasí nuevas relaciones» (XLIII Jornada, 2009); «Las nuevas tecnologías al servicio de la Palabra. El sacerdote y el mundo digital» (XLIV Jornada, 2010); «Promover la nueva evangelización en la era digital con verdad y autenticidad» (XXV Jornada, 2011).

II

ÁMBITOS Y MEDIOS DE LA EDUCACIÓN DE LA FE

9. La familia cristiana transmisora y formadora de la fe

Después de las consideraciones anteriores, de carácter general, sobre la formación integral y la transmisión de la fe, quiero referirme a los principales ámbitos donde la Iglesia realiza su función maternal en este campo específico de su misión, y a los medios de que dispone en nuestra diócesis para llevar a cabo esta tarea. El primero de todos, con carácter *originario*, es la familia cristiana, es decir, los padres cristianos que, por el hecho de haber dado la vida a los hijos, están obligados a formarlos en la fe y en la práctica coherente con ella mediante la palabra y el ejemplo (cf. CDC cn. 774, 2)³¹. Indudablemente estos padres y los que hacen sus veces deben ser reconocidos y animados como los primeros y principales *formadores de la fe* de sus hijos. En efecto, se trata de un *derecho y deber*, que brota del sacramento del matrimonio y de la consideración de la familia como Iglesia doméstica (cf. LG 11), un verdadero ministerio *ōpor medio del cual se irradia el Evangelio, hasta el punto de que la misma vida familiar se hace itinerario de fe y, en cierto modo, iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo*³². No en vano la familia cristiana es lugar privilegiado donde la fe se hace vida de manera natural y espontánea, en la cotidianeidad de las relaciones familiares impregnadas de virtudes humanas y teológicas.

Sin embargo, una cosa es afirmar y aceptar teórica y, sin duda, sinceramente esta función de la familia como educadora de la fe de sus miembros con su dosis indudable de vocación y de servicio, y otra superar la fragmentación entre la fe y la vida cotidiana que de hecho se está produciendo en muchos de los matrimonios casados por la Iglesia y de las familias que se consideran cristianas. Su posible influjo en la formación de la fe de las nuevas generaciones se ve contrarrestado hoy por el contexto sociocultural y el ambiente de relativismo moral, con el consiguiente y el desprestigio de lo religioso que se difunde por todas partes.

Son tantos los factores que dificultan, cuando no impiden, la transmisión y formación de la fe en el ámbito familiar que parece a veces una utopía irrealizable, incluso en aquellas familias que son expresión de lo que se considera sociológica y culturalmente la familia *ōtradicionalö*, actualmente poco estimada y sin suficiente apoyo por parte de los poderes públicos sobre todo respecto a otros *ōmodelosö* de uniones que se están imponiendo poco a

³¹ Cf. ICRO 34; Santa Sede, *Carta de los Derechos de la familia*, de 22-X-1983, art. 5; cf. LXXVI Asamblea Plenaria de la CEE, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad. Instrucción pastoral*, Madrid 2001, n. 96; LXXXI Asamblea Plenaria de la CEE, *Directorio de la Pastoral familiar de la Iglesia en España*, Madrid 2003, 63-71; *Sínodo*, 65; 95; 240; 297; 307; etc. En la CEE se prepara un documento sobre la coordinación de la parroquia, la familia y la escuela en la transmisión de la fe.

³² ICRO 34. La prioridad que se da a la familia en el plano educativo se ha de extender a la transmisión de la fe, y este es un derecho y deber esencial, originario, insustituible e inalienable: cf. Juan Pablo II, Exhort. Apost. posts. *Familiaris consortio* (22-XI-1981), n. 36.

poco. Y, sin embargo, la familia sigue siendo la comunidad fundamental en la que se sustentan las demás relaciones sociales y, como tal, es la institución más apreciada por los jóvenes según las más variadas estadísticas. Esto quiere decir que la Iglesia no puede en modo alguno renunciar al anuncio del *evangelio de la familia* haciéndose presente en este ámbito y prestando su ayuda a todas las familias, especialmente cuando en ellas hay personas creyentes en Jesucristo que quieren educar en la fe a sus hijos, descendientes o allegados, por dislocadas que sean las situaciones familiares o de convivencia. Porque no hay que olvidar que el Señor anunció que no había venido a buscar a los justos sino a los pecadores, atribulados, oprimidos, alejados y pobres en todos los sentidos, etc. (cf. Mc 2, 17 y par.; Lc 4, 18; etc.). En consecuencia es un deber pastoral salir al encuentro de todas las situaciones familiares como el buen samaritano que se acerca a todo hombre que sufre y *õcura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza*³³ (cf. Lc 10, 34). De hecho son muchos los padres y madres de familia que mantienen su preocupación por la formación cristiana de sus hijos aunque no se sienten preparados y capaces de realizarla, confiando esa tarea a la catequesis parroquial y a la enseñanza religiosa escolar.

De todo esto se deriva una conclusión clara: contando con la mediación inestimable de la Delegación diocesana de Pastoral Familiar y Promoción de la Vida Humana, las parroquias, los colegios católicos, las comunidades eclesiales y los movimientos apostólicos han de colaborar en la medida de sus posibilidades con las familias cristianas, especialmente con los matrimonios jóvenes, para ayudarles a realizar su misión educativa de la fe de sus hijos. En este sentido realizan una gran labor las ñescuelas de padres y madresö como ECCA.

Ahora bien, ayudar no es suplantar la función que corresponde a padres o familiares, tutores o padrinos, sino facilitar, acompañar y hacer posible la transmisión de la fe a los hijos, acogiendo a las personas, tratando de comprender y de tender puentes e incorporando en la medida de lo posible a todos los miembros de la unidad familiar a esta tarea. Un momento privilegiado en el que hay que derrochar tacto y paciencia muchas veces, lo constituyen los contactos con los padres que piden el bautismo de sus hijos o los inscriben para la catequesis y la celebración de los sacramentos. Esto quiere decir que no basta esperar en la parroquia o en la unidad pastoral a que los padres vengán a presentar a sus hijos. No es una cuestión burocrática o de horario de despacho parroquial, sino de la solicitud y el afán del pastor que sale al encuentro de la oveja perdida. Por eso es preciso buscarles, visitándoles y manteniendo contactos si es posible, ayudándoles a reflexionar y ofreciéndoles oportunidades para abordar con ellos la educación cristiana de sus hijos junto con otros temas de interés y, cuando aquellos llegan a la edad de la catequesis, acogerles e iniciar el seguimiento de esa educación. La reducida población en las unidades pastorales rurales, aunque supone no pocas limitaciones, tiene sin embargo la ventaja de poder mantener un contacto mayor y más frecuente y directo con las familias que tienen hijos pequeños.

Sin duda todo esto son retos que es necesario aprovechar para motivar a los padres y a otros miembros de la unidad familiar en orden a que se ocupen de la formación cristiana de los miembros más jóvenes. Esto es una función que corresponde animar no solamente a la Pastoral Familiar como se especifica en el objetivo 2º del *Programa del curso 2011-12* sino también a la Delegación diocesana de Enseñanza y Catequesis. La formación de la fe en la familia requiere, por tanto, una mayor colaboración entre ambos sectores pastorales, debiendo

³³ *Misal Romano*, Prefacio común VIII (Jesús Buen Samaritano).

arbitrarse orientaciones y medios para la cooperación a nivel diocesano, arciprestal y de las unidades pastorales y parroquias.

10. La parroquia y las unidades pastorales en la formación de la fe

Aunque ya me he referido a la catequesis, especialmente al aludir al *itinerario habitual de la Iniciación cristiana* (cf. supra n. 6 a), quiero fijarme nuevamente y de manera particular en la *catequesis parroquial* por dos razones. La primera, a causa de la necesidad de dinamizar la *acción catequética* en nuestra diócesis y de la competencia y responsabilidad que atañe a los párrocos en esta materia. Y la segunda, teniendo en cuenta no sólo la naturaleza de la parroquia sino también su función y relevancia en la transmisión de la fe mediante la Iniciación cristiana. En efecto, aunque la Iglesia está presente de alguna manera en todas las instituciones eclesiales, *õla parroquia tiene la condición de ser la última localización de la Iglesia en un lugar y representar a la Iglesia visible establecida por todo el mundo*³⁴. Esto hace también que *õla parroquia sea el ámbito ordinario donde se nace y se crece en la fe. Constituye, por tanto, un espacio muy adecuado para que el ministerio de la Palabra ejercido en ella sea, al mismo tiempo, enseñanza, educación y experiencia vital*³⁵. La conclusión es obvia: la parroquia es el *õlugar propio y principal* de la Iniciación cristiana y, por tanto, de la educación de la fe. En la parroquia están presentes todas las mediaciones esenciales de la Iglesia, la Palabra de Dios, la Eucaristía y los sacramentos, la oración, la caridad, el ministerio sacerdotal y la misión (cf. ICRO 33). La parroquia es presencia concreta de la Iglesia y expresión de su cercanía a los creyentes y no creyentes dentro de un mismo territorio o para la atención a unas determinadas personas. Ahora bien, lo que se dice de la parroquia puede y debe ser aplicado también a las *unidades pastorales*, especialmente a las del ámbito rural de acuerdo con las orientaciones diocesanas en esta materia³⁶.

Por eso, a pesar de las dificultades, es necesario que la comunidad parroquial o la unidad pastoral, con su pastor a la cabeza, asuma responsablemente la educación de la fe de todos sus miembros, especialmente de los más pequeños y de los débiles, preocupándose de llegar también a los alejados. El párroco, los catequistas y demás colaboradores de la parroquia y la generalidad de los fieles han de estar muy pendientes, con el interés de una verdadera familia, del desarrollo de la acción catequética (cf. CDC, c. 773-774). Ante la falta de formación religiosa en el ámbito familiar en muchos casos, la preparación de los sacramentos de la Iniciación tiene que comenzar anunciando y explicando los contenidos básicos de la fe para facilitar el primer acercamiento y adhesión a Jesucristo, no limitándose a reducir la actividad catequética a una breve y rápida preparación presacramental. Allí donde se admite a los sacramentos de la Primera Comunión y de la Confirmación sin suficiente formación catequética general, se debería reflexionar sobre las causas y condicionantes reales de esta situación y si se ponen los medios oportunos para que esto no suceda evitando caer en un conformismo estéril.

Pero es cierto también que la parroquia ha experimentado en nuestra diócesis una profunda transformación. Por una parte está el fenómeno de la urbanización en la capital y especialmente en las nuevas barriadas, con las dificultades de adaptación para quienes

³⁴ ICRO 32; cf. LG 42; SC 42; AS 10; CDC, c. 515, 1; 516, 1; *Sínodo*, 222-223; J. López Martín, *La comunidad parroquial al servicio de la evangelización hoy. Carta pastoral*, Ciudad Rodrigo 1994.

³⁵ DGC 257; cf. CDC c. 528, 1; ICRO 33; *Sínodo*, 225-228; 255; etc.

³⁶ Cf. *Decreto de constitución de las Unidades pastorales en la diócesis de León* (11-VIII-2004) y Anexo I: *Criterios y normas para la aplicación de las Unidades pastorales*: BOO de julio-agosto de 2004, pp. 675-689.

proceden del ámbito rural. Por otra parte la despoblación y envejecimiento de nuestros pueblos, en los que apenas hay familias jóvenes y niños. Ante esta doble realidad se hace necesario tratar de superar la tentación del desaliento y promover entre todos la *espiritualidad de comunión* a fin de generar una verdadera comunicación de bienes también en este ámbito del ministerio parroquial y de la cooperación de los religiosos y religiosas y de los fieles laicos. De ahí la necesidad y urgencia de que nos planteemos como uno de los principales cometidos de nuestra diócesis el *õpropiciar que las diversas instancias o "lugares" donde se trabaja por la Iniciación cristiana, y las acciones -catequéticas y litúrgicas- que la integran, no se organicen por separado, como si fueran compartimentos estancos e incomunicados, sino que respondan a un proyecto unitario y global de cada Iglesia particular* (ICRO 7). Me estoy refiriendo no sólo a las parroquias sino también a las unidades pastorales, entendidas no sólo como agrupación de pequeñas parroquias sino también como espacios de ayuda y comunicación entre las parroquias grandes de una misma zona e incluso entre las parroquias urbanas y las suburbanas y rurales de un mismo arciprestazgo.

11. Planteamientos actuales de la catequesis parroquial

Vinculada a los sacramentos de la Iniciación, especialmente al bautismo, primer sacramento de la fe, la *catequesis parroquial* en todas sus formas, pero especialmente en la que se encuadra en la Iniciación cristiana destinada a los niños y adolescentes, debe procurar una formación básica, orgánica y sistemática de la fe, un verdadero conocimiento integral de la doctrina cristiana y constituir una seria formación religiosa abierta a todas las esferas de la vida. Afirmaba el Beato Juan Pablo II: *õLa catequesis tiende pues a desarrollar la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra, para que el hombre entero sea impregnado por ella. Transformado por la acción de la gracia en nueva criatura, el cristiano se pone así a seguir a Cristo y, en la Iglesia, aprende siempre a pensar mejor como Él, a juzgar como Él, a actuar de acuerdo con sus mandamientos, a esperar como Él nos invita a ello* (CT 20). Para Juan Pablo II la catequesis, como elemento clave de la acción evangelizadora de la Iglesia, requiere como factor de coherencia la *articulación* ordenada y orgánica de los contenidos a la hora de transmitirlos, que permita a los niños y adolescentes comprenderlos de manera coherente y progresiva y aceptarlos como lo requiere la verdadera inteligencia de la fe (cf. CT 21). Por otra parte la catequesis se enriquece con la formación en la vida moral y la iniciación en la oración y en la liturgia.

La presentación completa y sistemática del misterio de Cristo y de las verdades de la fe no se contraponen a las referencias a la vida y al testimonio de los creyentes, puesto que la verdadera catequesis es siempre una iniciación a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo, conservada y comunicada como una realidad viva en la historia de la Iglesia y en la existencia de los cristianos (cf. CT 22; DGC 65-67; 77 ss.; etc.). Los catequistas han de ser portadores también de esa experiencia que caracteriza la vida cristiana que no es otra que la experiencia de la fe y que se manifiesta en los sencillos de corazón y que es un don de Dios (cf. Mt 11, 25; Jn 6, 44).

Todo esto pide -debo recordarlo una vez más- el tomar como base de la catequesis los catecismos obligatorios en la diócesis que son solamente los aprobados por la Conferencia Episcopal, debiendo tenerlos y usarlos todos los niños y adolescentes en la catequesis, en lugar de los consabidos *õmateriales*. Me estoy refiriendo, por ahora, a los catecismos *õLos primeros pasos en la fe*, *õJesús es el Señor* y *õEsta es nuestra fe, esta es la fe de la*

*Iglesia*³⁷. Por la misma razón recomiendo encarecidamente a los párrocos y catequistas que utilicen las guías didácticas de estos catecismos para preparar la catequesis y, si usan otros subsidios, estén atentos a los objetivos que vengo señalando como responsable último de la acción catequética en nuestra diócesis (cf. CDC, c. 775, 1; 780; etc.). Por supuesto, que siempre es muy útil, especialmente para los párrocos y los catequistas, tener a mano el *Catecismo de la Iglesia Católica* (ed. de 1999) y su *Compendio* (ed. de 2005).

Considero y comprendo que todo lo expuesto anteriormente, pese a las dificultades y situaciones del momento presente, requiere una verdadera *conversión pastoral* a la importantísima función de la educación de la fe y particularmente de la catequesis. En el programa del *curso pastoral 2011-12* figura la propuesta de elaborar un *Proyecto diocesano de Catequesis* según lo establecido en el *Directorio pastoral de la Iniciación cristiana* (n. 1) y que responde, a su vez, a una sugerencia del *Plan pastoral diocesano 2003-2008*³⁸. En él se deberán recoger las líneas fundamentales de la catequesis de la Iniciación cristiana desde el punto de vista operativo, es decir, atendiendo a los retos y esperanzas de nuestra diócesis y proponiendo objetivos concretos, orientaciones y cauces tanto para la acción catequética en las diversas situaciones de los destinatarios como para la formación y la espiritualidad de los catequistas. De manera especial este proyecto diocesano debe contemplar también la situación demográfica y pastoral a la que he aludido al final del punto anterior y la dificultad de no pocas familias para asumir la función transmisora de la fe en el ámbito doméstico o porque se sienten inseguras de cara a su cometido o porque están desanimadas o en estado de duda o de ignorancia³⁹. En estos casos es la comunidad parroquial la que debe acudir en su ayuda. Confío, por tanto, en que el proyecto diocesano de catequesis se haga realidad y, sobre todo, que se lleve a la práctica.

Para completar este importante apartado, no quiero dejar de mencionar algunos temas de especial importancia, remitiendo a las oportunas orientaciones que se han dado o que se den en lo sucesivo. En primer lugar la *formación de los catequistas*, personas consagradas y laicos, sin olvidar que el primer catequista ha de ser siempre el párroco, aspecto verdaderamente decisivo. Es necesario potenciar también las *escuelas de catequistas*, ofreciendo el mayor nivel de preparación posible y cuidando también la vida espiritual. Espero que la ñreconversiónñ o adaptación nuestro Instituto Superior de Ciencias Religiosas a las actuales normas académicas le facilite asumir esta y otras importantes tareas formativas. En segundo lugar, hemos de seguir avanzando en el camino iniciado de *diálogo y colaboración entre las parroquias y los colegios*, tal y como se indica en la normativa diocesana⁴⁰.

12. La formación de la fe en el ámbito escolar

Lo último que acabo de señalar me lleva a tocar, al menos de manera sucinta, otro de los grandes desafíos del momento presente para la Iglesia. Me refiero a la función de la *escuela católica* que, junto con la familia cristiana y la parroquia, contribuye decisivamente a

³⁷ Cf. Diócesis de León, *Directorio pastoral de la Iniciación cristiana*, cit., n. 42; *Normativa diocesana en materia sacramental*, cit., n. 2, 3.

³⁸ Cf. Diócesis de León, *Plan pastoral diocesano 2003-2008*, cit., p. 33.

³⁹ Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Familiaris consortio*, cit., n. 1; Benedicto XVI, *Homilía en la fiesta del Bautismo del Señor* (9-I-2011): ñEcclesiañ n. 3554 (2011) p. 123; LXXVI Asamblea Plenaria de la CEE, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, cit., n. 173.

⁴⁰ Cf. *Normativa diocesana en materia sacramental*, cit., n. 3, B. 6 y C. 6.

la formación completa de la persona, educada plenamente en la fe y en un verdadero espíritu cristiano. Con la escuela católica hay que situar también la *enseñanza religiosa escolar* de los niños y adolescentes y, más en concreto, la asignatura de la religión y moral católica⁴¹.

Sobre la identidad, fines, medios formativos, etc. de la *escuela católica* existen pronunciamientos muy importantes del magisterio tanto de la Santa Sede como de la Conferencia Episcopal Española⁴². En el seno de esta se reflexiona actualmente sobre la relación y acción coordinada de la parroquia, la familia y la escuela en orden a la transmisión de la fe. Cuando se hagan públicas estas orientaciones se dispondrá de un valioso instrumento pastoral para aunar los esfuerzos de todas estas instancias en orden a la educación y formación de la fe de los más jóvenes de manera que se les lleva al encuentro con Jesucristo y su evangelio en el seno de la comunidad eclesial, ayudándoles también a integrar en su ámbito cultural la fe y la vida. En efecto, la identidad católica de la escuela ha de conducir a la promoción del *hombre integral*, porque es en Cristo, el hombre perfecto, donde todos los valores humanos encuentran la plena realización y por tanto su unidad. La escuela católica procura facilitar una síntesis entre la fe, la cultura y la vida a través de la integración de los diferentes contenidos del saber humano a la luz del evangelio, y mediante el desarrollo de los valores cristianos. Por medio de su proyecto educativo la escuela católica ayuda a sus alumnos a conocer y profundizar en el mensaje cristiano y a adherirse a él consciente y libremente.

Además, el carácter específico de esta escuela convierte la comunidad académica en una verdadera comunidad cristiana en referencia a la Palabra de Dios y al cultivo de las virtudes que caracterizan a los discípulos de Cristo. En este sentido, la escuela católica *̄ puede ser también una mediación eclesial para la Iniciación cristiana de sus alumnos, colaborando en coordinación con los planes pastorales diocesanos* (ICRO 36). Aquí es donde tiene cabida la *colaboración entre las parroquias y los colegios* a la que he aludido en el punto anterior de esta carta pastoral.

Para alcanzar todos estos ideales formativos, es necesario que los responsables y los profesores de las escuelas e incluso las familias compartan el mismo ideario o proyecto educativo, caracterizado por su inspiración cristiana. Esto ha de hacerse aún más patente en el caso de las escuelas dirigidas por Institutos de Vida Consagrada, máxime si han nacido con el carisma educativo de sus santos fundadores. Para todos ellos la finalidad básica de su obra era la salvación de los hombres, la vida de la fe y el amor de Dios, la evangelización de los pobres y desfavorecidos, etc. En tiempos más recientes, ante el fenómeno de la secularización y del espíritu laicista, la respuesta de los institutos religiosos dedicados a la enseñanza ha sido la de tratar de situar el mensaje cristiano en el ámbito de la enseñanza y de la cultura y realizar su función con espíritu auténticamente evangélico. Evidentemente, esta función no se reduce tan sólo al ámbito del conocimiento sino que abarca a toda la persona. En efecto, *̄ no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*⁴³.

⁴¹ Cf. GE 1-2; CDC, cn. 802, 1-2; ICRO 36-38;

⁴² Cf. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, de 19-III-1977; LXXXIX Asamblea Plenaria de la CEE, *La escuela católica. Oferta de la Iglesia en España para el siglo XXI*, de 27-IV-2007, Madrid 2007. Véase también: DGC 73-75; *Sínodo*, 100-101; 309; 383; etc.

⁴³ Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 25-XII-2005, n. 1. Véanse también: GE 8; Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 19-III-1977; *Dimensión religiosa de la educación en la escuela*

Por todo ello, la escuela católica debe preocuparse de ofrecer medios de formación cristiana no solamente para los alumnos, sino también para los profesores, el personal del centro y, en la medida de lo posible, para los padres y tutores de aquellos. En las visitas pastorales que he ido haciendo a los colegios católicos de la diócesis e incluso a algunos no confesionales pero de inspiración católica, me he fijado en el interés y el empeño en hacer realidad los ideales señalados antes. Por este motivo, a la vez que reconozco y agradezco este compromiso, deseo invitar a nuestros colegios católicos a no cejar en el empeño en favor de la formación integral de los alumnos situando, como clave de arco de este objetivo, la educación de la fe, aun cuando los padres y los mismos alumnos se guíen tan sólo por otros intereses. La dimensión evangelizadora es una dimensión irrenunciable y definitoria de la escuela católica. De nuevo quiero invitar a la colaboración entre las parroquias y los colegios católicos de cara a la catequesis y la iniciación sacramental de los niños y adolescentes (cf. *supra*, n. 11).

En cuanto a la *enseñanza de la religión católica* o *clase de religión*, es necesario subrayar que esta docencia no puede limitarse sin más a los cursos previstos por los programas escolares, sino que debe ser impartida de una manera explícita y sistemática, con el fin de que ofrezca también una verdadera *formación integral de la fe* en el sentido explicado más arriba (cf. nn. 6-8) y para evitar que se cree en el alumno un desequilibrio entre la cultura profana y la cultura religiosa. Se trata, en definitiva, que los alumnos reciban una sólida educación religiosa y moral que los lleve a la madurez como discípulos auténticos de Cristo y a ser levadura de vida cristiana en la sociedad. En efecto, *õla enseñanza religiosa escolar, verdadero complemento de la catequesis, pretende también la educación básica e integral de la fe, pero sometida a las leyes que rigen la inculturación: subrayar el valor universal de la fe y su supremacía sobre las realizaciones culturales del hombre; presentar el mensaje cristiano como instancia crítica del hombre y de su cultura; y establecer un diálogo positivo entre la fe y la culturaõ*⁴⁴.

También en este ámbito quiero agradecer a los profesores de religión, sacerdotes, religiosos y religiosas y seglares, su dedicación y su empeño a la vez que les invito a no desanimarse. Conozco las dificultades con las que se encuentran teniendo que atender demasiados frentes y retos para que su enseñanza sea la de la Iglesia que les ha reconocido la DECA (*Declaración eclesiástica de competencia académica*) y les ha conferido la *missio canonica*. Entre esas dificultades se encuentra el descenso de la inscripción de los alumnos en la clase de religión, fruto en buena medida de una política educativa que ha relegado esta materia a niveles verdaderamente impropios de una disciplina académica que requiere no sólo un elevado nivel de formación sino también de coherencia de vida respecto a enseñanza misma (cf. CDC 804, 2; 805). Sin duda, pese a todas las dificultades, es posible hacer de la religión una materia atractiva y sugerente, capaz de ofrecer respuestas a las preguntas que ya se hacen los jóvenes e incluso los adolescentes.

católica, 7-IV-1998; DGC 259260; ICRO 36; LXXXIX Asamblea Plenaria de la CEE, *La escuela católica, oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XXI*, Madrid 2007; Departamento pastoral de la FERE, *La pastoral en la escuela católica*, Madrid 1994; etc.

⁴⁴ ICRO 37; cf. 38; Congregación para la Educación Católica, *Carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales sobre la enseñanza de la religión en la escuela*, 5-V-2009; Comisión E. de Enseñanza y Catequesis, *Orientaciones pastorales sobre la enseñanza religiosa escolarõ*, Madrid 1999; *Sínodo 98-99*; etc.

13. Formación de la fe, pastoral juvenil y vocacional, y pastoral universitaria

Además de la familia, la parroquia y la escuela como *lugares* de formación integral de la fe, no podemos olvidar los movimientos y asociaciones laicales de niños, adolescentes y jóvenes, coordinados por la *Delegación diocesana de pastoral juvenil y vocacional* o que están vinculados a otras instituciones eclesiales o al Apostolado Seglar. Lo que importa es que todas esas asociaciones participen de manera explícita en la educación de la fe en la etapa adolescente y juvenil como exigencia de la misión evangelizadora y pastoral de la Iglesia. De hecho la finalidad última de todos estos movimientos y asociaciones ha de ser formar cristianamente a sus miembros compartiendo la fe, la oración, las celebraciones litúrgicas, el testimonio y el compromiso apostólico. En efecto, *õla Acción Católica y este tipo de asociaciones y movimientos tienen hoy la misión de ayudar eficazmente a concretar una experiencia eclesial y un espacio comunitario propicio para el crecimiento en la fe, presentando a los miembros que se inician en ella un estilo de vida cristiana en la Iglesia y el ejemplo de un testimonio público del creyente en la sociedadõ* (ICRO 35)⁴⁵.

Como he apuntado al comienzo de esta carta pastoral (cf. *supra*, n. 1), acabamos de vivir una experiencia espléndida e inolvidable en los DED y en la JMJ-2011. Entre los factores decisivos de la satisfacción general quiero recordar nuevamente la actitud alegre y religiosa de organizadores, voluntarios y participantes. Y la presencia y el magisterio, luminoso y estimulante, del Papa Benedicto XVI. En este sentido, espigando en sus discursos y homilías encuentro dos afirmaciones suyas muy interesantes para la educación de la fe de nuestros jóvenes y adolescentes. La primera se encuentra en el discurso a los profesores universitarios. El Papa, recordando su propia experiencia docente, después de preguntarse dónde encontrarán los jóvenes los puntos de referencia para mantenerse *õarraigados, edificados y firmesõ* en medio de esta sociedad quebradiza e inestable, invitó a sus oyentes a ser formadores de las nuevas generaciones guiándoles no sólo con las palabras sino también con el testimonio de vida en la búsqueda de la verdad, para encontrarla en Cristo mismo: *õPara esto, es preciso tener en cuenta, en primer lugar, que el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero: es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la feõ*⁴⁶.

Este bellissimo discurso, que relaciona la labor universitaria con un ideal que está muy por encima de la visión utilitarista y técnica de la educación, nos estimula a poner mucho más empeño en la *pastoral universitaria*. Aquí tenemos una asignatura pendiente que reclama de la diócesis, del Secretariado de Pastoral Universitaria y de los sacerdotes y fieles laicos que trabajan profesional o apostólicamente en la Universidad un compromiso mayor, representado por la primera piedra del proyectado edificio donde radicará la citada pastoral junto al Campus universitario, piedra bendecida por mí precisamente al final de la *Misa del Envío a la JMJ-2011* junto a la Basílica de la Virgen del Camino el día 15 de agosto y como recuerdo de los DED. No podemos desentendernos de esta tarea.

Y al mencionar la pastoral universitaria como presencia de la Iglesia en este ámbito de la educación superior conviene recordar también que en este año de 2011 se cumple el 50 aniversario de la *Escuela Universitaria de Trabajo Social*, creada por mi antecesor Rvdm. Mons. Luis Almarcha (q.e.p.d.) como *Escuela Superior de Servicios Sociales õNuestra Señora del Caminoõ* y confiada al Instituto Religioso õAsistentes Sociales Misionerasõ,

⁴⁵ Cf. *Sínodo*, 382-385; 438, 2; 443, 6; etc.

⁴⁶ Benedicto XVI, *Discurso en el Encuentro con profesores universitarios* (19-VIII-2011).

fundado por el Emmo. Señor Eliseo Ruffini, que fue cardenal arzobispo de Palermo. Desde 1983 esta Escuela está vinculada también a la Universidad de León. Debemos celebrar este aniversario como se merece a la vez que valoramos el que sea un servicio de la Iglesia a la sociedad y una presencia diocesana en el campo universitario.

En la última JMJ el Papa Benedicto XVI invitó también, a todos los jóvenes en general, a conocer a Jesucristo por medio de la fe, más allá de los simples datos históricos, y que es capaz de captar el misterio de su persona en profundidad: *La fe no proporciona solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo. Fe y seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Y, puesto que supone seguir al Maestro, la fe tiene que consolidarse y crecer, hacerse más profunda y madura, a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, la intimidad con Él*⁴⁷. Esta referencia al conocimiento de Jesucristo en profundidad era presentada a los jóvenes por Benedicto XVI con una doble invitación, la de caminar en la comunión de la Iglesia venciendo la tentación de seguir a Cristo en solitario, y la de amar a la Iglesia *que os ha engendrado en la fe, que os ha ayudado a conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor*. En este sentido, insistía el Papa, *es fundamental reconocer la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos, así como la participación en la Eucaristía de cada domingo, la recepción frecuente del sacramento del perdón, y el cultivo de la oración y meditación de la Palabra de Dios*⁴⁸.

Todo un programa de formación integral de la fe para los estudiantes universitarios, invitados a buscar la verdad por el camino de *la inteligencia de la fe -fe y razón- y del amor*, y para los jóvenes en general a los que exhortó a insertarse en sus parroquias, comunidades o movimientos cultivando las prácticas más elementales de la vida cristiana. En ambas situaciones la clave de la educación de la fe está en permanecer unidos a la Iglesia que engendra en la fe y ayuda a conocer mejor a Jesucristo y la belleza de su amor. No olvidemos que la Delegación diocesana que se ocupa de los jóvenes y de las vocaciones puso en nuestras manos durante el curso pasado un *Proyecto diocesano de Pastoral juvenil y vocacional* inspirado en el proyecto-marco elaborado en el ámbito de la Conferencia Episcopal Española. Es hora ya de ponerlo en práctica espoleados por la rica vivencia de la JMJ-2011, especialmente en las parroquias urbanas y en las cabeceras de comarca, aunque también las unidades pastorales deberían contar con grupos juveniles.

14. El *Yocatö* de la JMJ, todo un gesto y una señal de ruta

Como un anticipo de este mensaje muy en consonancia con el lema de la JMJ-2001 *Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*, ha sido muy significativo que en la *mochila* distribuida a los participantes se haya incluido un ejemplar, para cada joven en su lengua, de un *catecismo joven de la Iglesia Católica* titulado *Yocatö (Youth Catechism)*, prologado precisamente por el Papa Benedicto XVI. Se trata de un resumen y explicación moderna de la fe católica en forma de preguntas y respuestas, con comentarios, ilustraciones e imágenes y sumarios de términos clave. Tiene también citas de la Biblia, de los doctores de la Iglesia y de santos. Preparado en Alemania y supervisado por el Cardenal Schönborn, arzobispo de Viena, se ofrece, en palabras del Papa, como una *perla preciosa por la que hay*

⁴⁷ Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa en Cuatro Vientos* (21-VIII-2011).

⁴⁸ *Ib.*

que dar algo a cambio. Este gesto es una prueba de que *la juventud no es tan superficial como se le acusa de ser. Los jóvenes quieren saber en qué consiste de verdad, la vida*. Por eso, el Santo Padre les invita a conocerlo y estudiarlo con pasión y perseverancia⁴⁹, formando redes de estudio e intercambiando ideas por *internet*, aunque les advierte también de que no ofrece soluciones fáciles, sino que les exige una vida nueva.

La idea de ofrecer este volumen a los jóvenes ha sido magnífica, a la altura del acontecimiento de la JMJ-2011. Todavía es pronto para los balances y la constatación de los frutos porque toda semilla requiere su tiempo para germinar y desarrollarse, pero las primeras impresiones invitan a la confianza. No obstante ya es un fruto el entusiasmo y el interés que se ha puesto en la preparación y realización tanto de los DED como de la JMJ y la actitud generalizada de los cerca de dos millones de personas, la inmensa mayoría jóvenes, que han participado en los actos. No voy a repetir lo que he escrito al principio de la carta pastoral. Tan sólo quiero subrayar que una parte muy notable del éxito se ha debido precisamente a la generosidad y dedicación de los responsables y de los voluntarios. Los primeros multiplicándose y tratando de que ningún detalle se dejara a la improvisación, los segundos creciendo visiblemente en número cada día y trabajando en todo tipo de tareas. Y qué decir de las familias de acogida, de los colaboradores en parroquias, colegios, servicios e instituciones públicas y sociales, tantas personas implicadas, y los mismos jóvenes leoneses, su testimonio de alegría, espíritu de oración, generosidad, etc. Cada uno de los que han trabajado y colaborado, ha recibido ya un premio de satisfacción personal e íntima, más lo que venga, porque el Señor nunca deja de responder y no se deja ganar en generosidad y en dones.

Todo esto es ya fruto de los DED y de la parte que nos toca en la JMJ-2011, pero también de la llamada de atención que supuso el haber tenido durante todo el curso 2010-2011 la pastoral juvenil y vocacional como *objetivo transversal*. Por eso me atrevo a sacar esta conclusión: es mucho lo que podemos hacer si nos lo proponemos sincera y honestamente. La clave está no en lo extraordinario de un acontecimiento que pasa aunque deje un buen recuerdo, sino en la entrega ordinaria y constante a un ideal que vale la pena. Y la educación de la fe de nuestros adolescentes y jóvenes, junto con otros aspectos de la pastoral juvenil y vocacional, bien merece lo que acabo de señalar. En efecto, los jóvenes, especialmente ellos, tienen necesidad de una formación ordenada y capaz, a la vez, de organizar sus vidas asociando estrechamente los fundamentos de la fe y la experiencia cristiana. Para ser atractiva debe ser, además, accesible y diversificada, es decir, una *formación integral* y completa, como he señalado más arriba, y que sea global, teniendo en cuenta toda la persona, tanto en el plano humano como espiritual; una formación netamente *bíblica* que introduzca en el plan de salvación de Dios para con los hombres, y *antropológica* que ayude a los jóvenes a forjar la propia personalidad y a hacer un uso responsable de su libertad; y una formación *doctrinal sistemática y coherente*, que destaque las razones para creer y los motivos para afirmar la propia identidad cristiana en el seno de la Iglesia orientando la vida según el evangelio.

⁴⁹ En efecto, dice el Papa en el prólogo: *¿Tenéis que saber qué es lo que creéis. Tenéis que conocer vuestra fe de forma tan precisa como un especialista en informática conoce el sistema operativo de su ordenador, como un buen músico conoce su pieza musical. Sí, tenéis que estar más profundamente enraizados en la fe que la generación de vuestros padres, para poder enfrentaros a los retos y tentaciones de este tiempo con fuerza y decisión. Necesitáis la ayuda divina para que vuestra fe no se seque como una gota de rocío bajo el sol, si no queréis sucumbir a las seducciones del consumismo, si vuestro amor no quiere ahogarse en la pornografía, si no queréis traicionar a los débiles ni dejar tiradas a las víctimas* (Youcat, Madrid 2011, p. 10).

De este modo será más fácil para los jóvenes hacer realidad la invitación a descubrir su vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella, que el Papa tenía en su discurso y que no pudo formular a causa de la tormenta desatada en la vigilia en Cuatro Vientos en la noche del 20 de agosto, durante la JMJ. El discurso menciona expresamente el matrimonio según Gn 2, 24 como un horizonte luminoso y exigente, y el sacerdocio o la vida consagrada como seguimiento de Cristo más de cerca (cf. Mc 2, 14). Complementos de este mensaje son tanto el discurso a las jóvenes religiosas en el patio del Monasterio de El Escorial el día 19 como la lúcida homilía de la misa con los seminaristas en la catedral de La Almudena en la mañana del día 20.

15. La formación integral de la fe de los fieles laicos

Pensaba terminar aquí mi carta pastoral de este curso, pero creo necesario abordar todavía dos aspectos fundamentales de la formación integral de la fe, el que se refiere a los fieles laicos adultos y el que se refiere al clero diocesano. En efecto, la presencia y la misión de los seculares en la Iglesia, incluyendo a los jóvenes, es una realidad incuestionable. El anuncio del evangelio y la edificación del cuerpo de Cristo son tareas del entero pueblo de Dios. Por eso, todo fiel cristiano debe colaborar bajo la guía de los Pastores en la misión de la Iglesia, cada uno según la propia vocación y los dones recibidos del Espíritu Santo (cf. LG 30; 33; AA 2-3; CDC cn. 204, 1 y 208). Constituye, por tanto, un deber de todos el despertar en los fieles laicos el sentido de su vocación cristiana y de la responsabilidad que les es propia como miembros vivos de la comunidad eclesial, tanto diocesana como parroquial. Su vocación, en base a su dignidad bautismal, está estrechamente unida, por tanto, a su misión en la Iglesia y en la sociedad de *difundir el mensaje cristiano*, con el ejemplo y la palabra, en los diversos ámbitos y relaciones humanas en que se desenvuelve su vida: la familia, el trabajo, la cultura, la política, etc. Y todo bajo el signo de la secularidad, es decir, tratando de gestionar los asuntos temporales y ordenándolos según Dios, de modo que las actividades seculares sean ámbito de ejercicio de la misión cristiana y medio de santificación (cf. LG 31-32)⁵⁰.

Ahora bien, para alcanzar este ideal de vida y de apostolado, es evidente que los fieles laicos deben contar con una buena formación de la fe y desempeñar así sus ocupaciones eclesiales y temporales con competencia, honestidad y espíritu evangélico. Todos los bautizados tienen derecho e incluso el deber, hasta donde les sea posible, de desarrollar su vida de fe con los medios ordinarios que la Iglesia pone a su disposición, entre los que sobresalen la escucha de la Palabra de Dios y la participación en la Eucaristía dominical, los demás sacramentos, el año litúrgico y las fiestas que celebran los misterios del Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos, la piedad popular y las obras de caridad y penitenciales según los diversos tiempos del año. Probablemente habría que intensificar en el ministerio parroquial y sacerdotal en general la *predicación al pueblo*, de manera más sistemática y prolongada, por ejemplo, en novenarios y triduos, puesto que la homilía dominical no suele ser suficiente a causa de su brevedad y función en el conjunto de la liturgia de la Palabra. Por otra parte, resulta a veces abusivo el recurso sistemático a la celebración eucarística para toda ocasión y circunstancia, olvidando que el propio Concilio Vaticano II recomendó las *ōcelebraciones sagradas de la Palabra de Dios* en las vísperas de las fiestas más solemnes, en las ferias de Adviento y Cuaresma, etc. (cf. SC 35, 4).

⁵⁰ Cf. Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Christifideles laici*, cit., 14; *Sínodo*, 239; 270-294; 428; etc.

De lo que se trataría es de ofrecer, para la educación permanente de la fe, además de las celebraciones de la Palabra de Dios que acabo de mencionar, otras formas del ministerio de la Palabra como, por ejemplo, las *conferencias o cursillos bíblicos* no tanto de estudio como de profundización en la Sagrada Escritura leída en la Iglesia y con la Iglesia como propone el Papa en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* (cf. nn. 29 ss.). Esto ayudaría a descubrir la verdad de la revelación divina, de forma que suscite una respuesta de fe. Entre nosotros tienen una cierta tradición las *conferencias o charlas cuaresmales* que no debemos descuidar dejando que se apodere de ellas la rutina. Es preciso elegir bien los temas y los conferenciantes, buscando no sólo la novedad o la actualidad sino tratando de que afloren los grandes contenidos de la fe y de la moral cristiana sin descuidar la doctrina social de la Iglesia. Otro modo puede ser la *catequesis litúrgica* que favorece una comprensión y vivencia más profunda de la liturgia, sobre todo al comienzo de los tiempos litúrgicos y que prepara a los sacramentos (cf. SC 35, 3). Esta catequesis explica los contenidos de la oración, el sentido de los gestos y de los signos y educa para la participación activa, consciente y plena. La *catequesis ocasional* ante determinadas circunstancias personales, familiares y eclesiales como ayuda para interpretarlas y vivirlas a la luz de la fe. Y no estaría fuera de lugar la profundización sistemática del mensaje cristiano, sirviéndose de los medios modernos de comunicación, desde la hoja parroquial hasta la página web.

Obviamente, es preciso también fomentar lo más posible, por parte de ellos mismos y de modo especial por los consiliarios, la formación de los seglares que pertenecen a algún movimiento o asociación de fieles y que son conscientes de su misión en la Iglesia. La base de esta formación ha de ser una buena e intensa espiritualidad cultivada mediante los medios señalados antes y mediante retiros espirituales y convivencias. La *formación doctrinal* de estas personas vendrá también a fortalecer su unión personal con Jesucristo y la comunión eclesial. Esta formación la pueden adquirir los propios seglares por su propia iniciativa, mediante la lectura de obras teológicas, comenzando, si es necesario, por el *Catecismo de la Iglesia Católica*, asistiendo también a cursos especiales y conferencias que ofrezcan la visión de la fe acerca del misterio de Dios y del hombre. La Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de la CEE ha preparado un *Itinerario de Formación cristiana para adultos* con el sugestivo título de *“Ser cristianos en el corazón del mundo”*⁵¹, propuesto y recomendado por nuestra Delegación diocesana de Apostolado Seglar para los distintos grupos y asociaciones laicales. En efecto, todos los aspectos de la formación de los laicos señalados antes deben estar orientados a despertar un profundo sentido apostólico, que los lleve a transmitir la fe cristiana con el propio testimonio espontáneo, con franqueza y entusiasmo.

En la oferta que nuestra Iglesia diocesana puede hacer para la formación de un laicado competente y responsable -sin olvidarnos de la Vida consagrada- se encuentra también el *Instituto Superior de Ciencias Religiosas*, en proceso de ñreconversiónñ como he indicado anteriormente pero que debe ser más apreciado y tenido en cuenta por parte de todos. En las parroquias más grandes y en buena parte de las unidades pastorales debería existir el compromiso de enviar y mantener, al menos, un alumno seglar por año en este centro. Sería el modo de asegurar un nivel adecuado de promoción de nuestros seglares, aunque para ello sea necesario vencer la atonía y la falta de interés que se observa a veces. En el mismo Instituto deberán insertarse las escuelas de preparación para algunos ministerios laicales y los cursos que se programan para formación de profesores de religión. Más aún, ¿no sería posible

⁵¹ Bajo la dirección de Mons. Elías Yanes, Arzobispo emérito de Zaragoza, se han empezado a publicar los primeros volúmenes de los ocho de que va a constar el itinerario, más el volumen O: *Presentación y Guía del acompañante*, Ed. EDICE 2008.

preparar y llevar a cabo bajo la tutela del *Instituto Superior de Ciencias Religiosas* una forma de Universidad de la Experiencia similar a la que existe en las universidades civiles pero centrada en materias de carácter bíblico, teológico, espiritual y pastoral? Merecería la pena intentarlo con la participación también de las asociaciones de Apostolado Seglar.

16. La formación del clero diocesano en relación con la transmisión de la fe

No quiero dejar de mencionar, por último, la formación del clero diocesano, tanto secular como religioso, como condición y exigencia ineludible para la transmisión y educación de la fe. La razón es muy sencilla. No se puede transmitir aquello que no se conoce o no se vive suficientemente. En este sentido la transmisión y la educación de la fe implican de modo total tanto a los pastores como a los demás cristianos, sean padres, catequistas, profesores de religión, miembros de movimientos o asociaciones laicales o simples fieles como consecuencia y compromiso de la propia experiencia de encuentro personal con Él y de la vida divina en nosotros. Aunque ambas tareas están abiertas a la acción de todos los creyentes en Cristo, sin embargo la transmisión y la educación de la fe son responsabilidad especialmente de los pastores, los obispos y presbíteros (cf. Mc 16, 15; Mt 28, 19-20; LG 23-24; PO 4; 28; etc.). En efecto, para nosotros esta función transmisora de la fe está vinculada al *ministerio de la Palabra*, cuyo ejercicio requiere un gran sentido de la responsabilidad, en conformidad con la misión de la Iglesia, depositaria de la verdad de la fe, además de las actitudes de autenticidad y de coherencia de vida⁵².

Como es sabido, al servicio de este y de los restantes aspectos del ministerio sacerdotal, la Iglesia viene insistiendo desde hace mucho tiempo en la importancia y en la necesidad de la *formación permanente* de sus ministros, a fin de que la dedicación al ministerio aumente y madure con el paso de los años, haciendo más vivo y eficaz el don recibido en la ordenación (cf. 2 Tm 1, 6). Obviamente, tengo presente también la formación integral de los futuros presbíteros tal y como es requerida y se describe en los respectivos planes de formación y estatutos que atañen a los Seminarios diocesanos de *San Froilán* y *Redemptoris Mater* *Virgen del Camino* y al Centro Superior de Estudios Teológicos. Dentro de lo que comprende la *formación permanente* de los presbíteros quisiera destacar, además del cuidado de la vida espiritual, base y fundamento de los demás aspectos y basada en los medios de santificación que siempre ha propuesto la Iglesia (cf. PO 12 ss.), aquellas actividades orientadas al enriquecimiento teológico y pastoral de los presbíteros⁵³.

En efecto, todo sacerdote está llamado a predicar el *evangelio de la verdad* y a Jesucristo, que es la verdad misma (cf. Jn 14, 6). Se trata del servicio de la fe, que está íntimamente ligado al servicio de la caridad, por lo que es un deber irrenunciable. Esto requiere estudio y constancia. El Beato Juan Pablo II describía así la formación intelectual: *Es como una exigencia insustituible de la inteligencia con la que el hombre, participando de la luz de la inteligencia divina, trata de conseguir una sabiduría que, a su vez, se abre y avanza al conocimiento de Dios y a su adhesión. La formación intelectual encuentra su justificación específica en la naturaleza misma del ministerio ordenado y manifiesta su urgencia actual ante el reto de la nueva evangelización. Además, la situación actual,*

⁵² Véase: Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, de 31-I-1994, nn. 45-47.

⁵³ Cf. Cf. CDC, c. 279, 2; Juan Pablo II, Exhort. Apost. posts. *Pastores Dabo Vobis*, de 25-III-1992, n. 70 ss.; Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, cit., nn. 87-89; *Sínodo* 368.

*marcada gravemente por la indiferencia religiosa y por una difundida desconfianza en la verdadera capacidad de la razón para alcanzar la verdad objetiva y universal, así como por los problemas y nuevos interrogantes provocados por los descubrimientos científicos y tecnológicos, exige un excelente nivel de formación intelectual, que haga a los sacerdotes capaces de anunciar ô precisamente en ese contextoô el inmutable Evangelio de Cristo*⁵⁴.

En nuestra diócesis constituye una actividad consolidada la formación permanente de los lunes durante los meses de noviembre a mayo inclusive, y en buena medida también los talleres de la mayoría de los arciprestazgos. Se pueden citar también las conferencias con ocasión de actos académicos y otros organizados por nuestros centros de estudios, así como los ciclos organizados por la Vicaría E. de Relaciones públicas abiertos a todos. Sin embargo todo es mejorable en cuanto a la asistencia y, especialmente, en cuanto a participación activa y no solamente pasiva. A parte de estas ofertas, está siempre abierta la posibilidad del estudio personal y la lectura. De ahí que no esté de más invitar a beneficiarse asidua e intensamente de todas estas ofertas, y a poner en ello esfuerzo y compromiso.

17. A modo de conclusión

He comenzado esta carta pastoral evocando los DED y la JMJ-2011. Realmente ha sido una verdadera gracia de Dios para cuantos hemos podido participar en ambos acontecimientos recibiendo una buena dosis de alegría y de esperanza. Pero toda gracia requiere correspondencia. Está a punto de comenzar un nuevo curso apostólico, y lo hará con la *Semana de Pastoral* en su décima edición. También esta cifra, redonda, nos llena de ánimo y nos invita al optimismo evangélico y a la gratitud al Señor y a quienes llevan el peso organizativo de esta rica experiencia diocesana.

Volviendo al lema del curso 2011-12: *ôLo siguen porque conocen su vozô* (Jn 10, 4b), en consonancia con el de todo el *Plan pastoral 2009-14: ôEscucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastorô* (Jn 10, 16), he querido invitaros en esta carta pastoral a renovar vuestra actitud de seguimiento de Jesucristo y a intensificar por todos los medios la comunión eclesial. Las reflexiones que ofrezco a toda la comunidad diocesana se refieren también a los dos aspectos que propone el objetivo general del curso: *la Iniciación cristiana y la educación de la fe* como cauces y medios para intensificar la comunión. He considerado conveniente desarrollar más el segundo aspecto que el primero porque el tema de la Iniciación cristiana lo he tratado más veces y, sobre todo, porque nos urge una mayor dedicación ministerial a la *catequesis* y a todo lo que lleva consigo la *formación integral de la fe*. Confío en que todos nos sintamos interpelados también por la necesidad de una *nueva evangelización*, puesta de actualidad nuevamente por la convocatoria de la Asamblea del Sínodo de los Obispos para octubre del año próximo (cf. *supra*, n. 5 A y B).

Pongo, una vez más, el nuevo curso pastoral en las manos de la Santísima Virgen del Camino, de San Froilán, nuestro Patrono, y de los demás Santos y Beatos leoneses. Este año, además, vamos a inaugurar, el día 15 de septiembre, solemnidad de la Virgen del Camino, en plena *X Semana de Pastoral*, una Año Jubilar que ha concedido la Santa Sede conmemorativo del 50 aniversario de la inauguración y bendición de la actual Basílica-Santuario de nuestra Reina y Madre. Será, sin duda, un nuevo motivo y estímulo para escuchar la voz del Buen

⁵⁴ Juan Pablo II, Exhort. Apost. posts. *Pastores Dabo Vobis*, cit., n. 51; cf. nn. 52-56.

Pastor según el mandato que Ella dirigió en Caná de Galilea: *ōHaced lo que Él os digaō* (Jn 2, 5).

León, 3 de septiembre de 2011
Memoria de San Gregorio Magno

+ Julián, Obispo de León

EXTRACTO PARA LA LECTURA Y LA REFLEXIÓN

Ante el nuevo curso pastoral y bajo el grato y estimulante impacto que los DED y la JMJ-2011 han dejado en todos demos gracias al Señor por este renovado Pentecostés.

1. Evocación de los DED y de la JMJ-2011

La rica experiencia de los DED, la presencia y el magisterio del Papa Benedicto XVI en la JMJ, el ambiente de júbilo y de alegre compartir una misma fe y unos mismos ideales, el silencio orante e intenso de algunos momentos, la participación en las catequesis y celebraciones litúrgicas, etc., han sido una *õfiesta de la fe que hemos compartidoö* y un motivo para la esperanza. El momento es muy interesante. Ante lo que hemos vivido tenemos que pronunciar con fuerza un convencido *õpodemosö*, como Juan y Santiago (cf. Mt 20, 22) de cara a la pastoral juvenil.

*Evocación de la propia experiencia personal y comunitaria. ¿Qué actitudes suscita?
¿Estamos dispuestos a cultivar la pastoral juvenil con entusiasmo y dedicación?*

2. Continúa el Plan pastoral 2009-2014

El curso que nos disponemos a comenzar es el tercero del vigente Plan pastoral centrado en la escucha de la Palabra de Dios para entenderla y dar fruto (cf. Mt 13, 23). Como perspectiva de fondo tenemos todavía la parábola del sembrador (cf. Mt 13, 3-8. 18-23).

Se puede hacer balance de los dos cursos anteriores, de los avances y de las expectativas aún no logradas en la escucha de la Palabra de Dios como fuente de la comunión eclesial.

3. El programa pastoral del curso 2011-2012

Ahora se pone el acento en el reconocimiento de la voz del Buen Pastor que nos llama y camina delante de nosotros (cf. Jn 10, 4. 8). En esta bella perspectiva, el *Plan pastoral 2009-14* señala como *objetivo* para el próximo curso la *Iniciación cristiana y la formación integral de la fe*, que es formulado así: *õIntensificar la comunión eclesial a partir de la Iniciación cristiana y de la educación de la feö*.

¿Tenemos conciencia de que nuestras actividades pastorales han de sustentarse en una relación profunda de conocimiento y fidelidad a Cristo, el Buen Pastor? ¿Cómo debemos enfocar, entonces, el objetivo del nuevo curso? ¿Qué nos sugiere de entrada este objetivo?

I - COMUNIÓN ECLESIAL Y TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA INICIACIÓN CRISTIANA Y EN LA EDUCACIÓN DE LA FE

4. La comunión eclesial, condición previa y fruto de la acción pastoral

La evaluación de la aplicación de los objetivos propuestos el curso pasado señaló luces y sombras. Los mayores logros se han producido en los ámbitos en los que se ha insistido en la dimensión espiritual personal y comunitaria y en otros factores de crecimiento en la comunión eclesial.

¿Estamos convencidos de la relación mutua entre la espiritualidad de comunión y la misión? ¿Dónde está el fallo: en una comunión débil, en la indiferencia, en otras actitudes?

5. El reto de la transmisión de la fe en nuestra Iglesia diocesana

Los ámbitos o aspectos de la misión de la Iglesia, apuntados en el objetivo pastoral del curso, responden al mandato misionero del Señor (Mt 28, 19; etc.) y constituyen una misma función de la Iglesia que transmite la fe en el bautismo y la desarrolla después. Por eso es posible distinguir dos procesos sucesivos: la Iniciación cristiana, y la educación de la fe.

¿Hemos estudiado y conocemos el Directorio diocesano de la Iniciación cristiana (2006) en sus líneas de fondo e indicaciones operativas? ¿Estamos convencidos de que es necesario también completar la Iniciación mediante la posterior educación de la fe?

A) El conjunto de la Iniciación cristiana

Es urgente aplicar el *itinerario habitual* de la Iniciación con especial atención a la catequesis parroquial que preceda y acompañe la celebración de los sacramentos de la confirmación y de la primera Eucaristía.

¿Cuál es la situación de la I.C. en nuestra parroquia o unidad pastoral y, en particular, de la catequesis? ¿Hay algo que falla? ¿Qué actitud adoptamos?

B) La educación de la fe

Entendida como *formación integral* para que todos los bautizados sean verdaderos adultos en la fe, arranca de la I.C. y está muy en consonancia con la Nueva Evangelización. Hemos de estar atentos a la XIII Asamblea del Sínodo de los Obispos en 2012.

¿Valoramos sinceramente esta tarea de formar adultos en la fe o nos conformamos con la celebración de los sacramentos de la Iniciación, con una simple catequesis previa?

6. La fe y la formación integral de la fe

La *formación integral de la fe* se configura a partir de lo que es y exige la fe (cf. CCE 1814), la adhesión personal a Jesucristo y a su mensaje, bajo la acción de la gracia de Dios, y el contenido de la revelación divina que la Iglesia transmite e interpreta autorizadamente.

¿Tenemos en cuenta e integramos ambos aspectos en nuestra vida y en nuestra tarea de educadores de la fe? ¿Somos conscientes de la òpedagogía de la feö que la Iglesia ha desarrollado a lo largo de los siglos y que sigue proponiéndonos hoy?

7. Significado y alcance de la formación integral de la fe

La fe ha de ser ofrecida, enseñada y transmitida òcompleta e integralö en cuanto a su mensaje y contenido, pero con un carácter misionero, sin reducirla a mera enseñanza y suscitando una verdadera conversión a Dios y a Cristo.

*¿Qué aspecto de los dos prevalece de hecho en nuestra función educativa de la fe, la enseñanza de los contenidos de la fe o la llamada a la adhesión a Dios y la conversión?
¿Cómo impregnar de espíritu misionero todas nuestras tareas de educación de la fe?*

8. Algunas premisas para formar integralmente en la fe

Hemos de centrarnos en lo fundamental sin resignarnos ante una situación de progresiva secularización y de alejamiento práctico de Dios. La *espiritualidad de comunión* puede ayudarnos pero se impone también la necesidad de profundizar personal y comunitariamente en el contenido de la fe para fortalecerla en nosotros mismos. Tampoco podemos ignorar los interrogantes, las dudas y las preguntas que se plantean sobre la fe.

¿Cómo movernos como creyentes en esta situación? ¿Podemos renunciar al anuncio del mensaje evangélico y recortar la presencia de las manifestaciones de la fe en nuestra sociedad? ¿Podemos hacer frente a esta situación de manera aislada?

II - ÁMBITOS Y MEDIOS DE LA EDUCACIÓN DE LA FE

9. La familia cristiana transmisora y formadora de la fe

Se trata del primero de los ámbitos donde la Iglesia realiza su función educadora de la fe. La familia cristiana es lugar *originario* y privilegiado donde la fe se hace vida de manera natural y espontánea, pero son muchos los factores que lo dificultan. Por eso es un deber pastoral salir al encuentro de las situaciones familiares para ayudar a los padres en esta hermosa función.

¿Cómo se realizan en nuestro ámbito pastoral (parroquia o unidad pastoral) los contactos con los padres en orden a la Iniciación cristiana de sus hijos? ¿Qué motivos se pueden señalar para interesar a las familias en la educación cristiana de sus hijos?

10. La parroquia y las unidades pastorales en la formación de la fe

La parroquia es el *ó lugar propio y principal* de la Iniciación cristiana y de la educación de la fe, es presencia concreta y cercana de la Iglesia a los creyentes y no creyentes, aplicable también a las unidades pastorales. Ante las dificultades en el ámbito familiar se hace más urgente la colaboración entre todas las instancias que intervienen en la formación de la fe, dentro de las directrices diocesanas.

¿Cómo se puede lograr este ideal? ¿Qué actitudes requiere especialmente en párrocos, catequistas y educadores? ¿Es posible quedar satisfechos del modo como se prepara la Primera Comunión y la Confirmación?

11. Planteamientos actuales de la catequesis parroquial

La catequesis es elemento clave de la acción evangelizadora de la Iglesia y requiere una *articulación* ordenada y orgánica de los contenidos que permita comprenderlos de manera coherente y progresiva y aceptarlos como lo requieren la verdadera inteligencia de la fe, formación en la vida moral y la iniciación en la oración y en la liturgia.

¿Cómo se efectúa la presentación completa y sistemática del misterio de Cristo y de las verdades de la fe en mi parroquia o unidad pastoral? ¿Tienen los niños los catecismos señalados? ¿Los usan los catequistas y de qué modo? ¿Qué medios de carácter espiritual, pastoral e intelectual empleamos para asegurar la formación de los catequistas?

12. La formación de la fe en el ámbito escolar

La *escuela católica*, junto con la familia y la parroquia, contribuye decisivamente a la formación de la fe y del espíritu cristiano, a la vez que conduce a la promoción del *hombre integral* en Cristo, facilitando una síntesis entre la fe, la cultura y la vida.

¿Qué conocimiento tenemos acerca del ser y de la misión de la escuela católica? ¿Somos conscientes de la colaboración necesaria entre las parroquias y los colegios en la Iniciación cristiana? ¿Cómo la promovemos? ¿Qué pensamos de la clase de religión?

13. Formación de la fe, pastoral juvenil y vocacional, y pastoral universitaria

Además de los *lugares* de formación integral de la fe mencionados antes, no podemos olvidar la *pastoral juvenil y vocacional*. Su finalidad última ha de ser formar cristianamente a los jóvenes fomentando la fe, la oración, las celebraciones litúrgicas, el testimonio y el compromiso apostólico.

¿Qué conclusiones hemos sacado de los DED y de la JMJ-2011 y del magisterio del Papa Benedicto XVI para la pastoral juvenil y vocacional, y universitaria? ¿Estamos dispuestos a prolongar esta magnífica experiencia? ¿Cómo fomentar el conocimiento de Jesucristo y la inserción en las comunidades parroquiales, movimientos, etc.?

14. El *õYoucatõ* de la JMJ, todo un gesto y una señal de ruta

Ha sido muy significativo el incluir en la *õmochilaõ* de la JMJ un ejemplar del *Catecismo joven de la Iglesia Católica* titulado *õYoucatõ (Youth Catechism)*, prologado precisamente por Benedicto XVI. El Para ha invitado a conocerlo y estudiarlo por todos los medios.

¿Qué nos sugiere, como reflexión y como actitud práctica, esta iniciativa? ¿Qué nivel de confianza, interés y entusiasmo permanece en nosotros de los DED y de la JMJ? ¿Cómo lo vamos rentabilizar? ¿Creemos que merece la pena mantener el esfuerzo realizado para ayudar a los jóvenes a descubrir su vocación y a responder a ella?

15. La formación integral de la fe de los fieles laicos

Constituye un deber de todos el despertar en los fieles laicos el sentido de su vocación cristiana y de la responsabilidad que les es propia como miembros vivos de la comunidad eclesial, tanto diocesana como parroquial, en base a su dignidad bautismal y en los diversos ámbitos y relaciones humanas. Para alcanzar este ideal es necesaria una buena formación de la fe.

¿Convencidos de esta necesidad, valoramos y facilitamos los diferentes medios para la educación de la fe? ¿Fomentamos tanto la espiritualidad como la formación intelectual y pastoral adquirida por los propios seglares y ofrecida por párrocos, capellanes y consiliarios?

16. La formación del clero diocesano en relación con la transmisión de la fe

Para nosotros la función transmisora de la fe está vinculada al *ministerio de la Palabra*, cuyo ejercicio requiere un gran sentido de la responsabilidad, en conformidad con la misión de la Iglesia, depositaria de la verdad de la fe, además de las actitudes de autenticidad y de coherencia de vida. De ahí la necesidad de la *formación permanente* en este y en los demás aspectos de nuestra misión.

¿Valoramos y secundamos los medios habituales de la formación permanente de nuestra diócesis? ¿En qué medida? ¿Qué otros medios utilizamos?

17. A modo de conclusión

Está a punto de comenzar un nuevo curso apostólico, y lo hará con la *Semana de Pastoral* en su décima edición. También esta cifra debe llenarnos de ánimo e invitarnos no sólo al optimismo y a la gratitud, sino también a aprovechar este *medio de formación y de encuentro en la comunión diocesana* participando o, si esto no es posible, tratando de integrar los objetivos que se proponen en el propio plan pastoral.